

CUADERNOS DE ES.HUMANIDADES.LITERATURA



VOLUMEN 01

NAVY TALES, V. 2006

CUADERNOS DE
ES.HUMANIDADES.LITERATURA
<http://vecindiario.wordpress.com>

Volumen 01, año 2007.
Cuentos de Navidad, v.2006

Recopilación de relatos navideños
publicados en el grupo de Usenet
es.humanidades.literatura.

Bajo licencia Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>

© Sobre los textos, sus respectivos autores.
© Imagen de cubierta, Linus Lohoff
<http://www.flickr.com/photos/linuslohoff>

(Buscando a Jack)

© *Flantains, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Buscarte, esa es la última misión. Hago un enérgico desayuno, no me van a sobrar las energías, zumo, tostadas, café con leche y un par de huevos pasados por agua. Empezaré por la línea 13, me subiré al autobús y dejaré que me arrastre por la ciudad atenta, tras el cristal, a la rosa negra de su pelo, a su caminar cansino, al brillo diamantino de los ojos que tantas veces rayó los míos. Le echo de menos a rabiar, es un sentimiento visceral que se define en blanco y naranja mientras apuro, con la cucharilla, la cáscara del último huevo. Me pongo el abrigo y el gorro, la bufanda, busco los guantes y me cuelgo el bolso. No friego los cacharros que he ensuciado, tal vez cuando vuelva, tal vez, cuando vuelva, esté desganaada y en vez de fregarlos los tire, para que los laman las ratas, para que arrebañen las migas las cucarachas, para que se den un festín los gusanos de las cloacas. De camino a la puerta compruebo cuanto dinero llevo en la cartera, de las llaves voy despreocupada, desde que se fue, ya no he podido cerrarla, nunca más. Nunca más; no quiero pensar en eso, nunca más es demasiado tiempo hasta para mí, nunca mas es todas las cosas, es ninguna.

Es absurdamente definitivo, mediocre, mezquino. Bajo las escaleras con los ojos bien abiertos intentando escupir por ellos ese nunca más que me atrona.

Veo el autobús parado en el semáforo, en breves segundos estaré subida en él y comenzará mi periplo, me viene un eructo con sabor a zumo de naranja que hace que se me llenen los ojos de lagrimas, un transeúnte al verme se apiada de mi, se lo noto en la mirada, se preguntará por qué una chica como yo tiene los ojos llenos de lagrimas en uno de estos días tan felices, se preguntará un montón de tonterías más a medida que consume su camino y se responderá a ellas, a la carta. Llega el autobús y me subo, aprovecho la primera ocasión para sentarme y echando la vista a la acera me despreocupo de ancianos y tullidos, me concentro, en lo mío, yo busco, te busco, incansable todos los días, esa es mi última misión y no me importa nada más.

EL CHIVO

© *Sapristi, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Recién llegados de la ciudad, los dos niños se encontraron en el patio trasero con la sorpresa viva de un chivo. Vida rebullente que alzaba medio metro del suelo.

-¡Que no se coma las macetas!- fue lo que les advirtió el señor Julián, el dueño de la casa, el hombre al que también llamaban Jondere. Luego sonrió al padre de los niños y desapareció por una puerta frotándose las manos.

El chivo emprendía carreras para de pronto detenerse distraído por el vuelo de un moscardón. O atolondrado, como un niño más, balaba entrecerrando sus ojos amarillos desentendiéndose del juego. En el cielo, en uno de esos cielos de diciembre que se pintan sin mezcla, tomando la pintura directa del tubo, el sol era una bolita de mercurio incapaz de calentar nada.

Los niños, sin costumbre, trataban al chivo como a un cachorro de perro. Se entrecruzaban, lo jaleaban para que embistiera, excitados por el troctroc de las pezuñas que sobre el cemento sonaban como pequeños trozos de madera hendida. Sofocados, el animal alcanzaba a darles blandos topetazos con sus cuernos recién nacidos, componiendo todo una de esas escenas de "joie de vivre". Bajo la tierra de los arriates, en su mundo ciego, las lombrices no detenían por un momento su trabajo de zapa.

El padre de los niños, desde el umbral en sombras, sacaba a ratos un pañuelo de papel del bolsillo para secarse la nariz roja. Del interior salía ruido de cacharros y al rato, la figura de albóndiga de la señora Rosa, la mujer del señor Julián. Nerviosa, desplazándose como una esfera, se comió a besos sonoros a los niños tomando las caras vueltas con sus manos ásperas. La señora Rosa repetía dos veces la misma frase para asegurarse de que la entendían.

-¡Ay qué niños más guapos! ¡Ay qué niños más guapos! A ver a la abuela, ¿no? A ver a la abuela, ¿no? Os gusta el chivito, ¿verdad? Os gusta el chivito, ¿verdad?

Los niños, en cuanto escaparon de la señora Rosa volvieron a los correteos y a los gri-

tos. Cuando el chivo intentaba mordisquear los geranios, le reñían como si fuera un gato con la aprobación escandalosa de la mujer. Luego arrancaban hierbas bajo la higuera y se las acercaban al hocico. A la vez, las hojas caídas del roble melojo eran devoradas por los insectos y la señora Rosa contemplaba el juego con las manos en sus caderas rotundas.

-¡Qué guapos están!- decía la señora Rosa mirando al padre que se sonaba otra vez la nariz -Entonces no os quedáis para fin de año, ¿no? Pues aquí ibais a estar más tranquilos... Hay que ver, hay que ver. A ver si luego bajo a ver a tu madre, la pobre.

Precedido por el ruido de sus zapatones, el señor Julián apareció con una bota de vino hinchada como un globo a medio desinflar. El propio señor Julián, turbios los ojos, roja la calva y con rostro violáceo parecía rezumar vino. Cada seis meses, contó, engrasaba la bota con plátano maduro con el mimo de quien lustra calzado.

-Ten- le dijo al padre -Prueba ésto que vas a ver.

Sin obligarlo a insistir, el hombre levantó la bota y cerró los ojos. Su poca pericia ensayó un trago corto, insuficiente para ser tomado

en serio por el señor Julián, un trago interrumpido de inmediato por un brusco movimiento de brazos que alejó la bota pero que no impidió que el chorrillo tinto manchara el jersey. Entre las raíces de la higuera, los escarabajos fabricaban guaridas.

-¡Alegría!- dijo el señor Julián, y luego a la señora Rosa: -Venga, prepara el agua.

El señor Julián y la señora Rosa volvieron al interior oscurísimo de la casa y el padre encendió un cigarrillo. Uno de los niños, resoplando, le pidió permiso para quitarse la bufanda. El chivo, esquivando encuentros y zafándose de aquellas manos eléctricas trepaba por los peldaños de una escalera adosada a la pila de fregar. Allá arriba parecía un ídolo arcaico. Los niños continuaron con su incansable persecución.

-¿Y nos lo podemos llevar a casa luego, papá? Tú decías que nos ibas a comprar una mascota- preguntó uno con la esperanza infantil que hace posible cualquier realidad.

-¿Y dónde lo vais a meter? ¿Y dónde lo vais a meter?- la señora Rosa apareció de súbito recogiendo el ruego y llevando con esfuerzo un barreño con agua humeante- Qué niños estos. ¿Y cuándo se cague y se mee en el piso?

¿y cuándo se cague y se mee en el piso? Venga, llamad al señor Julián, llamad al señor Julián, decidle: ¡Jondere, Jondere, venga ya, que te enredas!

De nuevo en el umbral, el señor Julián, refulgente el plástico de su dentadura postiza estrenada semanas antes, pasó al patio caminando con parsimonia. En la mano, una piedra de afilar recibía, alternada, la hoja de un cuchillo con la punta rota. Un viejo cuchillo de cocina cortante como una navaja de afeitar. Un cuchillo ascendido tal vez desde la humildad primera de pelar patatas. El padre, sorprendido, se sonó otra vez la nariz.

-Entonces en qué quedamos... ¿Te llevas la mitad? Vais a ser muchos esta Nochebuena Ya te dará Rosa aceitunas también- dijo el señor Julián sin detener sus movimientos precisos. Los niños, en cambio, interrumpieron el juego, interesados ahora por el ris-ris del cuchillo sobre la piedra. El chivo ramoneaba entre los jaramagos y las arañas urdían sus telas grises en los rincones.

-Llévate para que lo pruebe tu madre- dijo la señora Rosa fregoteando la madera de una mesa destartalada, una mesa blanqueada de lejía que recibía el agua como chorretones de pintura.

Desoyendo las protestas de los niños y a trompicones, el padre, alarmado de repente, consiguió llevarlos hasta la puertecilla que daba a la calle. Los niños se obstinaban en volver con el chivo y sólo la promesa de la señora Rosa de dejarlos jugar por la tarde los calmó.

-Pero cómo... ¿Ya te vas?- exclamó con sorpresa el señor Julián bajando los brazos.

-Venga, dejadlo descansar ahora que el chivito se tiene que ir a dormir, ¿verdad Julián?- la señora Rosa despidió a los niños con nuevos arrumacos mientras guiñaba un ojo al padre.

Cuando salían, el señor Julián dejó la piedra de afilar sobre la mesa y se acercó sigiloso al chivo. Fue lo último que vieron. Unos troncos apilados servían de hogar y alimento a la carcoma. Encima de ellos el chivo, ajeno a cualquier señal, se entretenía con el aleteo de una mariposa de invierno.

.....

Fin

El regalo

© *Noname, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

*a marta s.
por su infinita paciencia*

1. Obertura fantasía

Los chicos habían quedado en comenzar la noche atacando unas pintas, en el Berlín, a las once bajo el reloj colgado frente a la barra. Vanesa y Luisa, es lo que tiene merendar bollicáos, quedaban autodescartadas porque pasaban la noche en familia. Como Toni estaba solo ninguna mujer podía dejarlo tirado aquella nochebuena de diciembre, año dos mil seis de nuestro señor Jesucristo blablabla. Y Susana acababa de cortar con Ramón. Ella no era la novia del grupo -le dijo- aquello fue una cerdada estúpida. Eso fue después de Santa Águeda. Se habían pasado con Susi, es verdad, sobre todo Toni estuvo especialmente puerco. A la mañana siguiente ninguno podría volver a mirarla como si la cosa nunca hubiera ocurrido. Aquella situación solo podía empeorar, y Susi no era tan imbécil como para no darse cuenta.

- América tiene dedos gordos grasientos de contable -estaba diciendo Ray. Todo lo que toca es número, negocio, al roce queda sucio. Su cine y su televisión han banalizado e infantilizado las artes marciales, una filosofía de vida milenaria hecha papilla, el único alimento digerible por su público.

- ¡Coño! ¿Y Hong-Kong? ¿Y Japón?

- En la mayor parte del cine asiático de artes marciales clásico -y hablo de hace diez años- se observa un tratamiento fantástico del género. Lirismo, tío, lirismo. Lo que se nos narra es un cuento, una leyenda milenaria. De normal ambientada en el pasado de una China mágica que jamás existió. Nunca esta estupidez moderna del festival de tortas, la coreografía de peleas y efectos especiales que nos quieren vender como acción real, como historia creíble. ¡Qué absurdo!

- Ya, claro... ahora es cuando empiezas a hablar de Kill Bill.

- Vale, dejemos al margen esa obra maestra del exabrupto. Vamos con Tigre y Dragón, ese pedazo de tragedia romántica. Un clásico, tío. O Hero. Jet Li interpretaba allí un Hamlet malaleche con coleta.

- No sé vosotros, chicos, pero este humilde servidor ha tenido suficiente de furor oriental por esta noche. Vamos, Ray, sin ofender. Me encanta tu cinefilia pero no tengo el ánimo para pasarme otra velada escuchando de nuevo las mismas historias.

- ¿Qué tienes en la cabeza, chico listo? - preguntó Ray.

- ¿Has traído la Nissan, Miqui?

- Claro, tío. En qué crees que hemos venido, Bruce Lee y yo.

- Oye, Jose... ¿donde guardas el equipo de montaña?

- En la cochera de casa.

- Pasamos a recogerlos. Pillad bebidas. Le he echado el ojo a un chalet precioso en la sierra, y si nadie tiene un plan mejor, humildemente propongo que esta noche, por citaros un ejemplo, le hagamos una visita.

- ¿Hacen unos tiritos antes de salir? No solo de arte marcial vive el hombre.

- ¡Coño! ¡Queremos tanto a Ray!

Fue conducir hora y media por una carretera de montaña de mierda, cortesía de la Comunidad de Madrid, que subía tan despacio y haciendo tantas eses que parecía que el trazado lo hubieran dibujado a mano alzada un ingeniero subnormal borracho al que le habían robado la regla, la mañana de resaca. "Desde luego", habría dicho su santa, "sacar una carrera para esto". Había hielo. Había nieve. Qué bonito. Hubo que tirar de cadenas. Aquello quedaba tan lejos que no se oía ni el croar de los pájaros rana. Y allí estaba, reluciente sobre la colina, aquel lindo pelotazo hecho parcela con piscina en mitad de un pequeño bosque. Era mucho más de lo que había dicho Toni. Joder con la finca. Propiedad muy privada muy prohibido traspasar. Algún ministro. Tendría equipo de seguratas de fijo.

Ocultaron la furgoneta entre los árboles, en un recodo del camino. Se echaron a tierra y de

a uno, que habría dicho Gladiator, con las linternas, los pasamontañas y los walkies salieron a dar una vueltecita por los alrededores de la finca. El cielo estaba cubierto y el frío era de acojonante hacia arriba. Al subir habían visto luz en la planta baja de la casa. Después vieron encenderse otra ventana en la primera planta. Esto se podía programar, jugando al despiste, pero también era probable que hubiera alguien en la casa.

Increíblemente no hallaron indicio alguno de la presencia de seguridad privada en la finca. Ni siquiera había perros. No vieron cámaras ni alarmas. El muro era tan fácil de saltar que podría haberlo trepado un párvulo. Se colaron hasta la piscina. Estupenda para cóckteles. Escucharon en silencio. Se podía escuchar el pedo de una mosca.

Y nada más, que hubiera dicho Poe.

La misión de infiltración había sido un éxito. Capturar la bandera, cobrar los bonus y regresar a la base. Chupado. Toni se descubrió por completo, sonrió a los chicos, como diciendo "habéis visto lo cojonudo que soy", y fue directo hacia la puerta principal. Cualquiera diría que se iba a sacar la llave del bolsillo para abrir aquella puerta. No hizo falta. La puerta se abrió en ese preciso instante, recorriendo la figura de Toni en el haz de luz que arrojaba la casa. Los chicos quedaron lejos, a cubierto en la oscuridad de la noche, pasmados pero no lo suficiente como para no haber

ocultado o apagado instintivamente sus linternas. Chicos listos petrificados. Toni casi había agarrado el pomo de la puerta.

Un tipo alto, tripón y barbudo con el pelo completamente blanco lo contemplaba pasmado. Eso fue cosa de tres segundos. Luego dijo "euh", después fue un "oiga... ¿quién es usted? ¿qué hace usted ahí?", y por fin un "sepa que hay más personas dentro de la casa y que estamos armados".

- No se alarme, por favor -acertó a decir Toni-. Me llamo Juan. He subido con mi novia a la sierra, con unos sacos de dormir, bebidas, una tienda. Noche de plan, ya sabe. El puto coche nos dejó tirados y tuve que caminar al menos un par de kilómetros hasta esta casa. Suerte que la vimos durante la subida. La puerta estaba cerrada y he saltado el muro, es cierto. Necesito un teléfono fijo para conseguir ayuda. Mi móvil no tiene cobertura aquí. Siento haber entrado así en su propiedad. Llamé al portero automático antes de saltar... ¿no lo han oído ustedes?...

- No.

Una voz de niña melosa comenzó una frase y la figura de una mujer treinta años menor que el barbudo apareció repentinamente al fondo del pasillo, bajo lo que debía de ser la puerta del salón. Sostenía un par de copas con sombrillitas acabadas de abrir.

- ¿Qué pasa, Papá? Pues si que tarda esa leña.

- Vuelve al salón, nena. Tenemos una visita inesperada.

El gordito miró a Toni a los ojos con dureza. Dijo:

- ESPERE en la puerta y tendrá la ayuda que necesita.

Se giró SIN CERRAR LA PUERTA y sin perderla de vista. Iba hacia el teléfono que podía verse en la mesilla del recibidor, a escasos metros. Toni miró su gordo cuello de cerdo cebado satisfecho y entabló una pequeña charla con su cerebro. "Viejo hijo de puta cabrón afortunado", se dijo.

Solo hallaron a Papá y a su nenita, María, en la casa. Seguramente era su furcia. Por supuesto no tenían armas. Si estaban fue de puritita casualidad. Sería una canita al aire de repente, una nochebuena loca, noche de plan, ya saben, un desagradable imprevisto.

Al alba el fuego había devorado casi por completo la planta baja. Los chicos hacía tiempo que bajaban la sierra con el exiguo botín logrado tras un rápido, nervioso saqueo de la casa. A Ray y a Jose les habría sobrado con los gritos de la fulana del gordo. Chochito estupendo. Mas una vez acometido aquel desastre, Toni todavía conservó la sangre fría suficiente como para estrangular con sus propias manos

a la tipa y para recordarles que ellos eran tíos serios, profesionales, y que tenían un duro trabajo que hacer allí arriba aquella noche. Coger lo justo y borrar del mapa del mundo toda aquella mierda. Otro incendio en la sierra de Madrid, un par de muertos, asalto a chalé sin resolver. Pues vaya cosa.

2. Intermezzo

El viejo estaba sentado en el porche, resguardándose del frío de la mañana con el fuego del incendio. Contemplaba la casa como quien mira la destrucción de un mundo hecho hoguera enorme por la mano de un niño inconsciente. La joven se le acercó por la espalda. Vino a apoyarse en sus hombros.

- Olvídalo, Papá. No te hagas mala sangre. Apaga el fuego, levanta de sus cenizas la casa, coloca un par de cadáveres en nuestro lugar y avisa a la policía. Yo haré de chica del servicio oculta que se ha salvado de milagro. Seré una testigo presencial excelente. Olvídalo. Deja que los hombres barran su mierda.

- Es increíble, nena -dijo el gordo levantándose. La historia de Toni era una puñetera mentira y para saberlo ni siquiera tuve que leerle la mente. Lo leí en el temblor de sus palabras.

- ¿Y eso qué tiene de increíble?

- No es eso. Es por la forma como me miró cuando abrí la puerta. Estoy seguro, pensaba

que no había nadie. Bien. Me contó una película. Acepté su farsa y le sugerí CLARAMENTE una salida aceptable. Pudo saquear la casa otro día. Es Navidad. Esta noche solo tenía que cumplir una sencilla orden.

- Es imposible hacer que el viento deje de soplar. Lo que tiene que ser, será, Papá.

Cuando el gordo se terminaba de incorporar el fuego había cesado y la casa estaba como la noche anterior, impecable. Había un par de cadáveres en el salón y una chica del servicio oculta en un subsótano de la cocina acababa de avisar a la policía. Por supuesto Toni y los chicos no habían quemado la casa porque en esta revisitación de la historia no eran ni serios ni profesionales. Habían sufrido un acceso de pánico al ser conscientes de lo que acababan de hacer y se habían lanzado a una desordenada fuga que terminaría con sus pellejos vistiendo el pijama de rayas blancas y negras. Según la pluma que la reescriba la historia sería más o menos amable con el verdugo. Esta certeza se hacía insoportable para el viejo.

- Esto no puede quedar así, mamá. Lo siento. Cuando se marche la policía déjalo todo como estaba. Me llevo el trineo. No me espere a cenar.

3. Andante cantabile

- ¡Ho ho ho! Menudo regalo les ha traído Papá Noel, señora. ¿Cómo se llamará el canijo?

- Antonio, dijo el padre con lágrimas en los ojos sin soltar un segundo la mano de la parturienta.

- Tenga, córtelo usted el cordón.

- ¡Quite, quite!

"Menudo cabronazo", pensó el gordo, que hacía las veces del doctor que ayudó a Alba a traer al mundo al pequeño Toni. "Desde esta perspectiva no me parece tan peligroso. Si tuviera un almohadón, ho ho". Le arreó un buen cachete en las nalgas aunque el niño ya había roto a llorar y fue solo para darse el gusto de estar seguro de que la criatura no sufría de los pulmones. P pulmones okey. Entonces los dejó a solas unos segundos, el tiempo que Toni necesitaba para formar memoria. El gordo necesitaba que Toni recordase, tenía que verlo crecer, revisar rápidamente los registros. Un vistazo rápido y era otro niño de buena familia, un malcriado que lo había tenido todo. Perfecto.

Comenzó quitándole la Orbéa de los ocho años y sustituyéndola por un regalo bastante menos fantástico. Luego la tomó con el fútbolín de los nueve años. Había que ser cabrona-

zo para quitarle a un niño su flamante Renault Alpine GT teledirigido de importación, made in japan, o la California de los doce años, o el Amstrad CPC de los catorce. El gordo lo fue. Y fue mucho más lejos. Fue puliendo decepción tras decepción a aquel perla del Toni. Todo a fuerza de regalos menos fantásticos que los originales. Ni Commodore Amiga, ni SuperNES, ni polvo con Andreíta la nochebuena del campamento. Nada.

El gordo regresó con una sonrisa de oreja a oreja. Tomó la bolsa de la basura y fue silbando hasta la puerta. Vivían en un quinto.

- No tardes, Papá. ¡Que empieze Cuéntame!

Abrió la puerta del piso y allí estaba Toni de nuevo. El caballo lo había desmejorado bastante desde su primer encuentro. No hacía gala de la retórica de antaño. Esto sí, no tardó en lanzarse sobre el gordo y en soltarle un par de estupendas puñaladas ciegas sin palabras. Un hombre de acción que rebuscó en los bolsillos, pilló lo que hubo y salió a escape del nuevo lugar de los hechos. Esta vez no había chicos ni sonrisas ni asalto al estilo Playstation. La escena era vulgar de puro sórdida. Otro asalto a unos viejos en un barrio humilde de Madrid, pues vaya cosa. Mientras el gordo se desangraba intentando torpemente tapar uno de los boquetes en el cuello, mortal de necesidad, María lo contemplaba en cucullas, sonriente.

- Joder, Papá, no aprendes. Juraría que al Jefe no le ha hecho ni pizca de gracia tu juer-ga de anoche. ¿A que adivino quién era tu amigo?

- Grrrr... Vale. Era Toni. En cuanto me limpie volveré a hacerle una visita.

- ¡Ho ho ho! Menudo regalo les ha traído Papá Noel, señora. ¿Cómo se llamará este carbonazo?

- Perdone, doctor, ¿qué dice?

- Nada, nada, hombre, disculpe mi lenguaje. Una bromita. Estos cabroncetes son adorables... ¿cómo se llamará su hijo?

- Antonio, dijo el padre.

Pasaron seis años.

- Hola, Toni, ¿como te encuentras hoy?

- Hola, gordito. Hoy vamos al hospital, ¿sabes?

- ¿Puedo ir con vosotros?

- No sé... se lo pre... ya sabes que no puedo preguntárselo a papá.

Toni hablaba con el gordito de las barbas que se parecía a Papá Noel pero vestía pijama y a veces no tenía cara de buena persona desde que cumpliera los cuatro años. Para que mamá y papá no se preocuparan y dejaran de llevarlo a psicólogos había hecho un trato. El trato consistía en que al cumplir los ocho años el gordito se marcharía y Toni dejaría de

hablar *para siempre* con su amigo imaginario. Aunque lo cierto era que Toni tampoco quería hablar con el gordito. Al principio tuvo su gracia pero hacía tiempo que no lo llamaba. Aquel señor acudía solo, se sentaba en el borde de la cama, en una silla de la cocina, en el sofá de salón. Pasaba las tardes callado, observándolo. Eso decía Toni. Que ya apenas hablaban y que el hombre aquel era pesado de muy aburrido. La cosa estaba así y se sobrellevaba en casa con bastante tranquilidad mientras el niño no comentase sus conversaciones con el gordo, o, mejor dicho, mientras no saliera a colación para nada la figura del hombre gordo en ninguna conversación. Era un tema que sacaba de sus casillas con facilidad a papá, el Antonio grande. Alguna vez habían llegado hasta oídos del niño retazos, palabras privadas entre sus padres en las que el progenitor afirmaba con voz firme "Tu hijo es un pirado, Alba. Ha salido a su puñetera madre". Así era papá, "un malhablado y un bruto", decía mamá, "que nos adora". Según papá hoy iban todos juntos al hospital porque por fin iba a salir el hermano al mundo, se ve que habían quedado en eso, un trato o algo parecido, vaya, y mamá se desprendería de la enorme barriga y volvería a ocuparse de él como antaño.

El nueve de noviembre a las tres de la tarde nació Luz, su hermana. El hermano, oh sorpresa, era una niñita diminuta, negruzca, arrugada, peluda, de dos kilos y medio. Toni la sostuvo en sus brazos por primera vez al día si-

guiente. Era una cosa tan pequeña que le pareció increíble que aquello estuviera vivo, apenas emitía unos quejidos casi inaudibles, solo cuando tenía hambre. Dormía todo el tiempo. Pero él había sido, si, un día fue igual de pequeño. Usó pañal, comió de la teta de mamá, todo el mundo se ocupaba continuamente de él, qué envidia. Si los niños de seis años no pueden odiar al menos si pueden sentir unos celos de comerse los puños, terribles. Mamá Alba era sensible e inteligente, quizá demasiado. Una tarde puso a la Luz de quince días en los brazos del Toni de seis años y dijo al niño.

- Mírala. Te sonrío. Es tan pequeña y está tan indefensa.

El niño temblaba. Nunca la había sostenido solo.

- Si ahora la soltaras, tu hermana se haría mucho, mucho daño. ¿Tu quieres que Luz se haga daño?

- Cógela, mamá.

- No tengas miedo, tonto. Si la sujetas fuerte no pasará nada, mi niño.

Solo tienes que abrazarla... y tu hermana te querrá más que a nadie en este mundo.

Y lo quiso, vaya si lo adoró aquella niña. Agarrada a su espalda sobre la Orbéa, sobre la California, jugando interminables partidas de fútbolín o manejando el Renault Alpine, que menudos porrazos le daba en el parque cuando salían y Toni empujaba el columpio y la subía al tobogán y pasaban la tarde comiendo chuches, haciéndose rabiar mutuamente y vol-

viendo loca a mamá, la pobre, que no podía avanzar una página en la lectura de la novela de turno. Una infancia ordinaria. Pues vaya cosa.

Grrr... -pensaba el gordo cepillándose los dientes... si me encariño con ese cabroncete cómo voy a jugarle ninguna mala pasada. Tendré que dejarlo estar, comprender al verdugo, no fue su culpa. Es la suciedad que nos rodea quien lo ha hecho así.

Sonó el timbre de la puerta.

- ¡Ya abro yo, mamá!

Papá abrió tal cual, porque estaba acicalándose en el baño pequeño y éste quedaba junto a la puerta. Se encontró con un tipo alto con el pelo cortado y peinado a raya de un modo ridículo, encasquetado en una especie de gafas de pasta negra y culo de vaso. Vestía el traje negro de tercera de los domingos. Bajo el brazo unas revistas. Palataya, Despertares, Enhorabuena, títulos similares.

- Buenos días, señor. ¿Es usted creyente?

Le costó reconocerlo y la sorpresa fue tal que no pudo contenerse.

- Joder... ¿Toni?

Era Antoñito y en el bolsillo interior de la chaqueta llevaba un revólver. Les descerrajó unos cuantos tiros, a papá y a mamá. Los acostó en la cama y les juntó las manos. Luego dejó un muñeco de Papá Noel a los pies del lecho, contemplándolos. Se masturbó delante del cuadro. Limpió la escena del crimen. Se comió una manzana y se marchó. Como en un sueño, absolutamente impersonal. Hacían su cuarta y quinta víctimas en seis meses. No tenía prisa. Un caso serio. La policía estaba preocupada, sobre todo considerando cuántas víctimas más debía esperar para hacer saltar la alarma del pánico filtrando a la opinión pública que había un asesino "en serie" suelto en las calles de Madrid.

- Prefiero la puñalada en el cuello -comentó Papá a María levantándose de la cama. Menu-do agujero. Ay, mamá... he creado un monstruo.

- Si. Y ni siquiera sabes cómo lo has hecho. Y ahora tendrás que deconstruirlo, ¡jajaja!

- Muy graciosa.

Estoy harto de este gilipollas, se dijo el gordo. Volvió al parque. Allí estaban Toni, Luz y Alba. Fueron muchas tardes de paciente aburrimiento. El gordo vio que todos los regalos de Toni en realidad caían en manos de la niña, era ella en realidad quien los disfrutaba, quien inevitablemente los destrozaba uno tras otro. Embarcó un balón oficial del mundial 82 casi

nuevo, joder, en el terrado de un duplex entre carcajadas histéricas de su hermano. Esto duró hasta los quince, exactamente. Entonces dejaron de aparecer por el parque, apenas se los veía juntos. Falta alguien -pensó el gordo. Un accidente de autobús durante un viaje ordinario a la sierra con el colegio, una tragedia, diez niños malheridos y dos muertos, y faltaba la niña. La Luz de Toni se había apagado una tarde de octubre para siempre. Como las cosas no marchaban en casa desde hacía tiempo y la depresión de Alba no ayudaba a mejorarlas, por el bien del niño decidieron de mutuo acuerdo que lo mejor sería separarse. Por supuesto, a ninguno les faltaría de nada, para algo él era Antonio Balboa, el gran empresario que había fundado una de las empresas de publicidad más importantes del país. Un hombre así no podía dejarse vivir solo; era cuestión de meses que apareciera por casa con su última conquista. Toni se negó entonces a pasar los fines de semana con su padre, a pesar de los regalos, las pagas extraordinarias, el todo completo de caprichos. Su calificaciones habían caído por debajo de cero, se metía en su habitación y se negaba a asistir al instituto. Suerte que hubo una huelga de alumnos aquel año y la mitad del curso no se impartieron clases. Hay que hacer algo con este niño, está en una edad muy difícil y tu no estás en condiciones de manejarlo. No puedes permitir que oculte la cabeza bajo tierra, como un avestruz. He dicho. Lo que hizo Papá por Toni fue internarlo en un colegio mayor de reconocido prestigio.

Las putadas de la vida no justifican un asesinato, pensó el gordo, y un tarado es un tarado. Volveré a casa, me daré una ducha para quedar presentable, dejaré que este capullo me mate de nuevo y se acabó de hurgar en toda esta mierda.

4. Finale - Allegro molto

Eso hizo, exactamente. O no. Que no. Porque después del nuevo asesinato, esta vez un atropello intencionado en un paraje solitario por un desconocido que les robó y se dio a la fuga, el gordo no podía quitarse de la cabeza la cara de Toni la primera noche, cuando le sorprendió asaltando el chalé de la sierra que aquel joven pensaba vacío. Morir no es tan malo -bromeaba el gordo-, llevo probados diversos sistemas esta semana y estoy cogiéndole el gusto a esto de asesinarme. Irse a dormir por las noches con la cara de este tarado en la cabeza es superior a mis fuerzas, mamá. ¿Qué puedo hacer? ¿Se te ocurre algo? Lo que se le ocurrió a mamá fue lo siguiente.

El gordo volvió para completar la adolescencia de Toni, sus primeros coquetéos con el alcohol, el rock & roll, el sexo, las lecturas y otras drogas duras. Aquello se tornaba incomprendible por momentos. Toni se alimentaba de almas muertas, devoraba a Sonia, se embriagaba de Zaratustra, se sabía los clásicos,

lloraba, temblaba, se lamentaba con el extranjero y con la peste. Es imposible que a este hombre le duela el hombre, pensaba el viejo. Y entonces sucedió el silencio. La radio de ultratumba se apagó. Fin. De repente se acabaron las lecturas. Era como en las novelas. Todo lo malo sucedió, sucedía siempre a otro. "Yo no soy uno de esos capullos que se echan a llorar porque han perdido una novia, nena, piérdete. Ponte algún llorón de los cuarenta. ¡Vete a tomar por culo, joder!". "Si no dejas que ningún mamón se acerque te elevas sobre la chusma de allá abajo -decía siempre-, te conviertes en un ser divino, en un arcángel invulnerable, intocable". Contemplarlo todo desde fuera. Salir de la mentira de este mundo. Escapar de la mierda. Reirse de todos ellos, reirse de todo. ¿Esto era? ¿Toni respiraba exclusivamente para Toni? ¿Se había hecho el vacío fuera y solo quedaban el aquí y ahora, el ruido y la furia contemplados por un pobre ciego?

- Él debería hacerlo. Él debería ponerse en mi pellejo y sentir el dolor que causa la estupidez de sus actos... ¿y para qué? ¿A quién engaña? No serviría para nada. Joder... me pierdo este afán de ser justo.

El gordo hablaba solo. Era porque de ningún modo habría querido rebajarse a entrar en el cuerpo de Toni, a meterse en el pellejo del asesino, cosa que finalmente hizo. Y allí estaban, en absoluta intimidad, una noche cualquiera, los dos sobre el mismo espacio-

tiempo. Recuerdos inconexos. Tonterías. La noche anterior a tantas y tantas noches. Y nada. Hasta que una de aquellas veladas se apagó la luz.

Y apenas fue un temblor imperceptible.

Luego un sudor frío.

Gimoteos.

Los asesinos también lloran, pues vaya cosa. El gordo tenía que perfeccionar el difícil arte de la posesión. Ni siquiera él tenía todo el tiempo del mundo. Si había algo que entender mejor ahora que mañana. Cerró los ojos y sintió que se ahogaba, una fuerte presión en el pecho. Una mente que se torturaba sin descanso en repetirse "¿Por qué, para qué?... ¿Era miedo? Por nada del mundo quería extinguirse. ¿Por qué? Esfuerzo ¿Para qué? Vivir ¿Para qué? Amar. Llorar. Sufrir. Reír. Nada. El miedo dejó paso entonces a las lágrimas, a la tristeza. Al silencio. No había nada. ¡Nada! Dormir, follar, comer, llorar, agonizar respirando a bocanadas, como un perro cualquiera. ¿Para qué? ¿Por qué? El gordo quedó a solas con el dolor de Toni durante quince minutos. La cama le pareció inmensa. La noche fría. Aquellos minutos interminables. Luego durmieron a pierna suelta toda la noche. ¿Acaso era para tanto, se dijo al despertar? Una ridiculez de juventud, solo eso. Toni tenía veinte años. Seguro que sí, pero si lo examinaba con detenimiento, ¿acaso toda la vida de Toni desde la

adolescencia era una lucha contra la insensibilidad? No deseaba sobre todas las cosas sentir. Pero qué era lo que Toni esperaba poder sentir, si era como una novela, si todo lo malo sucedía siempre a otro y si el camino era elevarse, mil pies exactos, sobre la chusma.

Papá volvió confuso a casa. Echó mano del mueble bar del salón para servir unas copas.

- Voy a por un poco de leña para esa chimenea, mamá.

- Ya sabes lo que vas a decirle.

- Sí.

Cuando se abrió la puerta del chalé y volvieron a encontrarse de repente, como al principio, el gordo preguntó:

- ¿Por qué la dejaste caer?

Toni, con una linterna en la mano y un pasamontañas mal escondido en uno de los bolsillos se limitó a contestar:

- No la he dejado caer.

- La vida es un suspiro de amor fugaz hurtado a la eternidad, hijo, es una lástima desperdiciar algo tan bello.

- ¿Y qué más da? Ahora está muerta. Ya no importa.

- Hasta en un hombre endurecido como tu dejó su huella indeleble. Han pasado tantos

años y sigue viva. Realmente vivirá hasta que cierres los ojos. SI que importa.

- ¡Te digo que no la dejé caer! La sostuve allí, frente a mi madre. Ella lo dijo, que estaba orgulloso de mí.

- Oh, la muerte. Llegará el día, serás viejo y habrás tomado un café, te sentarás ante el televisor para echar una siesta y un calor familiar acudirá para calentarte los huesos, volverá a tus labios el sabor de la piel de Luz, el calor y aquel olor... como de ángel que tienen los niños. Estará tu padre. Tu madre te acariciará los cabellos y te rodearán, quién sabe, todos tus nietos. Abrazarás a tu mujer y habrá acabado, Toni, será un segundo. Como es imposible devolverte a Luz, déjame regalarte esto. Solo quiero que sepas -dijo para terminar el viejo- que me alegro de haberte conocido.

Le tendió la mano.

- Hace frío ahí fuera. Pasa si quieres, hijo.

GRISES EN LAS ESQUINAS

© *Lopedesosa, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Cafetería en la Gran Vía MADRILEÑA, mañana otoñal, una mano que se apoya en el hombro y obliga a volver la cabeza. Tras el gesto amical una pregunta quizás anhelante, siempre dudosa:

- ¿ Tu no eres ...?

Y hago memoria mientras contesto afirmativamente. Nada, que sus fisonomía debe estar en ese oscuro rincón de la mente donde me es imposible navegar. Y vienen explicaciones no pedidas, recuerdos que desgrana mi interlocutor y abren en mí el deseo que acabe cuanto antes la charla, que la prisa obliga a tomar rápido el cortao y la porra, que para eso estoy en los madriles. Que una reunión me espera con la imperiosa necesidad de cambiar estatutos, modificar bases y sobre todo continuar dando vida a una entidad que tuvo su urgencia ante injusticia manifiesta y que ahora vive por inercia y no por necesidad. Borrón y cuenta nueva, digo adiós y aparto al moscón empeñado en revivir y condensar en cinco o diez minutos meses de conocimiento esporádico, que el grado era el grado Me hace sacar a la

luz vivencias ancladas en los años de la juventud, cuando chirriaban los tranvías subiendo la pendiente de Hermanos Bécquer, se perdía el último Metro hasta Diego de León por asistir al estreno de la más reciente obra de Jardiel o ser testigo del arrojito de un tintorero en la pantalla del cine donde se proyectaba Gilda. Y grises en las esquinas

Acabada la tediosa reunión asamblearia, hecho y entregado --la pela es la pela-- el correspondiente resumen justificante (desplazamiento, "gastos varios", "prima de asistencia") la espera del tren de vuelta hacia ese exilio semivoluntario en la periferia, con el regusto amargo en la mente de años vividos en libertad dentro de un estricto régimen de limitadas opciones. En ese aparente lago de paz cuando en las noches de estío machacabas Alcalá y Torrijos arriba hacia el domicilio paterno. Y los grises en las esquinas. Pretextos de urgencia en los servicios sanitarios de Zahara y Chicote para ver y no tocar, desde lejos, a las asiduas que esperan al gobernador de provincia o al delegado de abastos o fiscalía de tasas que "sube" a Madrid pretextando resolver determinados papeleos. Cuando la biblioteca del Ateneo era refugio por la carencia para el café de la tertulia vespertina en la cafetería de Infantas . Y gracias a esa total carencia, encontrado refugio en el Ateneo de calle del Prado y así conocer en las ediciones de Losada de Buenos Aires las obras de García Lorca y sobre todo a Fouché, aquel Duque de Otranto que tan bien diseccionara S. Zweig. Al anoche-

cer, grises en las esquinas, pasada fugaz por "los alemanes" de la plaza de Santa Ana a ver si se cruzaba alguno de los dominguines y echarle en cara que Pepe Luis era único dios del firmamento taurino.

En el tren de retorno a donde moro, habito o me cobijo, que vivir lo que se llama vivir..., me viene ya el recuerdo del interlocutor mañanero. Y lo centro en sus andanzas en el cuartel --Santa Cruz de Marcenado, Amaniel-- donde marqué el caqui en mis seis meses obligatorios. Él era ese soldado típico, alegre, marchoso, que desde su enchufe en el economato ligaba a las criadas, chantajeaba a telefonistas guripas y sobre todo ganaba un "sobresueldo" escribiendo cartas de amor a los sorchis que no sabían ni las primeras letras. Yo le marcaba de cerca, mas con ganas de empapelarle algún fin de semana que de seguir las ordenanzas militares, con esa secreta envidia para quien los lances de amor eran los que leía en novelillas y no realidades tangibles. Porque ni el uniforme con cordón de borlas desde la hombrera derecha hasta la botonadura del pecho, ni la promesa de una carrera semiabandonada servían para nada en un mundillo restringido de madres casamenteras que buscaban partido para sus retoños, algunos de muy buen ver y mejor tocar, pero eso es otra historia. Retoños a los que era imposible llevar al huerto de las tapias del Retiro al anochecer, a la fila de los mancos de sesión continua del Alcalá o el Montera y los palcos del Doré y totalmente imposible engatusarlas con una ex-

cursión a Navacerrada con el pretexto del esquí, o la escalada por Siete Picos hasta la Fuenfría por el Sendero Smicht. Ni por soñación con la cita clandestina en la calle Madera, número impar segundo piso, a un trsmano del viejo caserón de San Bernardo. Y los reproches maternos por mi despego hacia qgrupillos que formaban reducida avanzadilla andaluza en el barrio de Salamanca, con Torrijos-Ibiza como epicentro. Escorada visita sabatina a un colegio femenino allá por Pardiñas o Velázquez, que ahora sí que me fallan las neuronas del lugar pero no de alguna asistencia obligada para "tomar el Té" en cuchipanda encaminada a encontrar pardillo con el tapete de la misericordia o la ayuda a los "negritos" . Y nunca era tiempo ni ánimos para las salas del Victoria, Metropolitano o Palmeras, -- caballeros tres pesetas, señoritas gratis-- donde la carne estaba tasada por lo bajo y el peligro venéreo por lo alto.

El sonido de la película del AVE a través de los auriculares que adormece, que pone en marcha una especie de moviola particular y el sentido común que vuelve a echar cerrojos a tiempos idos, audiciones de la Nacional con Argenta al frente en el Palacio de la Música -- un duro al portero, una peseta al acomodador, que los abonos están fuera del alcance--, "alforjas para la poesía" en las matinales del Lara, discusiones bizantinas con Antonio Fernández-Cid, prohombre de la música criticada, la consecuencia que obliga a no mirar hacia atrás --ni con ni sin ira a lo Osborne--

que aboga en el hoy actual en el dejarse llevar por la monotonía de una existencia provinciana, paseos por la calle Mayor, alguna escapada hacia el Pirineo por tierra o gozar desde el aire de valles profundos con la temprana nevada en los altos picachos. Escribir la columna bisemanal, desoir algún reproche del politiquillo de turno por lo publicado la pasada semana o del inconforme por no escribir lo que él no se atreve a decir en voz alta. Y sobre todo eso, la sensación inconfesada pero latente y que fuerza salir a la luz de un tiempo a esta parte, el trasunto de la cobardía camuflada de orgullo ante posición social discriminatoria y que impidió amores callados. Queda esperar, solo esperar, que la vida termine diluyéndose, no expresar queja alguna y no tomar posturas ante situaciones actuales e inadmisibles cuando entonces. Cuando los grises, tan añorados, en las esquinas.

Monólogo navideño

© Zinnia, diciembre 2006
es.humanidades.literatura

Me encanta este rincón. Han puesto un banco nuevo, al lado de la fuentecita y debajo del castaño. Te tengo enfrente y vengo a contarte varias cosas. Algunas ya las sabes, ciertos cambios en mi vida con los que sé que estarías de acuerdo.

¿Te gusta mi coche nuevo? Se acabaron los energúmenos de cuatro ruedas, el gasto indecente en gasolina, las dificultades para aparcar. Tus nietos lo llaman el huevo y se pelean por ir delante. A meterse atrás lo llaman enhuevarse: -Hoy te toca enhuevarte a ti. -¡Ja, lo flipas! Yo no me enhuevo ni de coña. Y así, pero a mí me da igual. Tampoco me dejan conducir cuando van ellos: o tu nieta o su novio. Hija, sólo tú confiabas en mis aptitudes... ¿o no? Porque ese pie derecho tuyo, frenando sin parar aunque no tuvieras pedales... El caso es que estoy satisfecha, además, ya no rompo los faros del de detrás. Me avisa cuando aparco de que me acerco demasiado: bip, bip, bip, biiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip. Te advierto que mucha tecnología, pero se cuela. Cuando bajo y miro detrás, quedaba todavía un buen trecho para tocar al otro. El caso es que ya no tengo que

dejar papelitos en los parabrisas pidiendo perdón y dando mis datos. Los debe tener medio Madrid.

Estuve en el Corte Inglés y te compré estas flores de Pascua de mentira. Ya sabes que no me gustan, pero dan el pego y llueve mucho, así te duran las fiestas. Es que, ¿sabes? , nos vamos a Túnez a pasar el fin de año y volveremos en Reyes. Mis consuegros quieren mucho a tu nieta y la invitaron a ir. Luego me apunté yo con Dani. Como Juan paga el viaje de Celia, pues yo le pago el viaje a Sara, la novieta de tu nieto. Sí, una ruina, este año no hay regalos. A última hora se ha apuntado mi amiga Lola con su hija. Estoy deseando verla por el desierto en zapatillas. Me he dado cuenta que nunca la he visto sin unos tacones inmensos, sin pintar, sin un pelo fuera de sitio. Ella sigue con sus problemas y su divorcio, metiéndose en el correo y las cuentas de su ex. Yo ya la he avisado de que va a terminar en la cárcel. No importa, vamos a buscar un loft en Hammamet por si tiene que salir por patas. Está todo controlado.

Ah, estuve en Barcelona con Cris. ¡Cómo se acuerdan de ti! Me invitó su madre a comer y me emocionó con sus recuerdos. Te acuerdas que a mí no me gustaba que estuvieras siempre aparte en la playa, que no te juntaras con las demás madres. Y la madre de Cris me dice que eras la persona más discreta del mundo, que en aquellos corrillos se despellejaba al más pintado, menos tú, que siempre te sustra-

jiste a aquel ambiente tan cruel e insano. Qué cosas, cuando eres una jovenzuela sólo quieres ser una más. Tú nunca fuiste una más. Fue estupendo recordar, recordarte a través de otros.

Hay un nuevo miembro en la familia, se llama Tango. Es un schnauzer precioso, simpático, juguetón y cariñoso. Es el nuevo perro de la bruja de tu hija mayor. Sí, hasta la miro con más simpatía. Es que no sabes lo mono que es, con ese bigote y esas cejas blancas que le tapan los ojos. El abuelo está como loco con él.

Por cierto, nos hemos aficionado a CSI. Al principio la veíamos porque sabíamos que era tu serie preferida, como siguiendo tus huellas, como si verla tapara tu ausencia. Pero ahora no nos perdemos un capítulo. Siempre estamos esperando a que Horatio Caine, con ese instinto de sabueso, suelte su sentencia: "El asesino ha cometido su segundo error." Y la forense que le pregunta: "¿Cuál es el primero? Y Horatio que responde: "Haber matado..." ¡Chinnnn, tatatachinnnnnnnnnnnn! Ese es el punto álgido, el que estamos esperando siempre. Dice Celia que estabas secretamente enamorada del tal Horatio. Vaya, vaya, qué calladito te lo tenías...

Empieza a llover. He de irme ya. Cuando vuelva, si todo sale bien, te cuento.

Feliz Navidad.

NACER

© *Sebastián, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Si nacer es emerger del barro y luego ser otra cosa, ¿sabe alguien de alguien que haya nacido? ¿Alguien ha llegado a conocer su rostro, o escuchó de él alguna palabra?

Porque los embates del océano parecen siempre los mismos, y su vientre vierte una y otra vez sobre la arena parecidos engendros. Allí pugnan todos por atrapar un rayo de sol, una mínima raya de oxígeno. Confundidos con la la playa, sobreviven.

Menos alguno, que toma su andadura y quiere ir a otra parte. Puede ser un hombrecillo que sale del magma trastabillando, una figura enjuta de pasos inciertos y heridos por turbiones y dudas. Quién sabe a dónde llegará este hombre, pues no contarán su historia. Pero lleva consigo un nuevo esqueje de la especie y, en él, el lejano milagro.

Y puede también que, en las proximidades de la playa, otros hombres vean al compañero

que se acerca y lo miran con ancestral cariño. Ahora ríen entre ellos, y tal vez reciban con lágrimas de emoción a otro hermano que llega. Algunos ya van sacando de sus bolsillos algo de pan, otros guardaban un sorbo de vino.

Pero esto no se puede prometer. El inmenso océano ejerce aplastante dominio sobre la playa, y nada lleva a imaginar otros paisajes. Mas cuando esto ocurre, y un hombre atiende al raro impulso de abrir los ojos y atravesar las primeras brumas, entonces hay un nacimiento, es Navidad.

¿NAVIDAD?

© MAR, *diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Mi memoria me transporta a la infancia, a los días en los que el primer sonido de la Navidad era el de los niños de San Ildefonso con su monótona letanía regalando sueños.

Era otro tiempo, no había ordenadores ni consolas ni juegos virtuales, Poníamos el Belén y en la Plaza Mayor comprábamos zambombas y panderetas para acompañarnos sus con ruidos "infernales" mientras pasábamos horas cantando villancicos. Jugábamos a los Juegos Reunidos Geyper y buscábamos en los cines cercanos buenos programas dobles para pasar las heladoras tardes de Diciembre: Hata-ri, La taberna del Irlandés, Tú a Boston y yo a California, toda la saga de Sissi, Los robinsones de los mares del Sur. y para los chicos imprescindibles pelis de vaqueros o de romanos.

El día de Noche Buena la cena en familia con más canciones, música en el tocadiscos con los últimos éxitos de Silvie Bartan, Jean-nette, Beatles, Rita Pavone, Pekenikes, Adamo, Todo Dúo Dinámico, Formula V. y para nues-

tros padres las últimas novedades de Los Cinco Latinos, los Platers o Los Tres Sudamericanos.

Todo en casa, eso sí, En Nochebuena todo estaba cerrado por la noche; era una fiesta de familia y la única salida permitida era para asistir a la Misa del Gallo pero nosotros el día de Navidad íbamos a Misa de 12 a San Gines.

Lo de Noche Vieja era otro cantar al que nosotros no teníamos acceso.

Ahora todo es distinto, todo se vende o se compra sin salir de casa.

"Muchos villancicos en varios idiomas para cantar en Navidad, recetas, belenes, fotos, juegos y chistes para estas fiestas. También se pueden consultar las costumbres, tradiciones, recetas, fotos y músicas de la celebración de la Navidad en más de 20 países latinos.

Y un machacón bombardeo de anuncios en todos los medios:

"Esta Navidad los Regalos te llegan por SMS. Melodías, Fondos, Juegos"

"Regale Cestas Gourmet Champagne Rega-

los Envíos a domicilio. Pagos on-line"

Esta Navidad se original, regala velas aromáticas, te la enviamos a casa en 24 horas.

O, "Se más original, regala tomates Raf.

"Organiza tu cena de navidad en un entorno ¡muy especial!"

Mientras tanto, muchos compatriotas están en el umbral de la pobreza, muchos inmigrantes roban para comer, muchos "sin techo" pasan frío,

Mientras tanto, hay personas que sufren, enfermos, solitarios, abandonados, personas que no pueden disfrutar el espíritu navideño por muchas razones.

Mientras tanto, muchos cayucos siguen llegando a nuestras costas con personas que persiguen un sueño.

Mientras tanto, millones de refugiados no tendrán nada que celebrar, nada por lo que brindar y nada que comer. Millones de niños quedarán huérfanos, o morirán de hambre, de malaria, de sida.

Refugiados

"Toda persona que... debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país; o que, careciendo de nacionalidad y hallándose, a consecuencia de tales acontecimientos, fuera del país donde antes tuviera su residencia habitual, no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera regresar a él".

Definición del término refugiado,
Convención de Ginebra.

Navidades blancas: Adolf versus Oscar

© José Puentes, diciembre 2006
es.humanidades.literatura

La neblina, las nubes o aquello que fuese que techaba la llanura helada se mantenía flotando a poca altura sin llegar al suelo. Su color no era propiamente gris, pero se asemejaba, o acaso fuese un pálido reflejo de lo que de antaño recordaban sus mentes.

En un rincón del suelo unas huellas que parecían venir de ninguna parte terminaban en un montículo con forma de sillón modernista todo él de hielo seco. Allí sentado estaba alguien solitario vestido a la usanza decimonónica del Londres de fin de siglo. Pelo largo algo revuelto y un rostro displicente de nariz casi femenina, que no paraba de mirarse, ahora los pies, después las manos, más tarde el borde de su gabán, hasta que una aparición interrumpió su ensimismamiento.

Del lado contrario de donde procedían las primeras huellas se acercaba un hombre de mediana estatura, erguido, con andar firme y al principio decidido. Llevaba un traje de chaqueta cruzada, corbata y pantalones de raya perfectamente planchados. Su pelo era corto y dejaba un flequillo que atravesaba en diagonal

su frente como si se lo hubiesen pintado con betún negro. Debajo de su nariz un bigote corto y de cepillo precedía a la boca firme y cerrada. A pocos pasos del otro dudó un instante, se paró y dijo con una voz apesadumbrada:

—¿Otra vez usted?

—Ya lo ve, Herr Adolf. Es mi sillón. Casi diría que él es yo y yo soy él, —respondió Oscar Wilde tratando de disimular una sonrisa burlesca que pugnaba por aparecer en su rostro.

—Mr. Oscar, ¡ese es mi trono! El único asiento en esta inmensidad lechosa y fría ¡es mío! ¿Es qué no se ha fijado en esas esvásticas curvas que adornan la terminación de los brazos?, ¡son las de mi Reich! —y su respuesta tronó a lo largo y ancho de la llanura sin devolver ningún eco.

—No se ponga así —respondió condescendiente Oscar Wilde—. Esos signos son mucho más antiguos que usted y su Reich. Sin ir más lejos, en mi Irlanda abundaban en piedras de lo más arcaico...

—Siempre olvido que no es usted inglés. ¡Qué desgracia la mía! —Su rostro mostró una decepción infinita y se habría puesto rojo si tuviera sangre en las venas. —Antaño creía que ««si tras mi muerte me hallara, junto a personas como yo, en una especie de olimpo, sentiría que me hallaría en el lugar adecuado. Estaría en compañía de los espíritus más ilus-

trados de todos los tiempos»». No podrían faltar los ingleses, arios como nosotros. ««Son de una impertinencia sin precedentes, esos ingleses. Pero eso no es obstáculo para que los admire»». Pero irlandeses...

—Yo también le aprecio, Herr Adolf..., pero aunque no inglés sí he sido uno de los espíritus más ilustrados de todos los tiempos, acaso más ahora que antes, dadas las circunstancias. Sin embargo, no puede pedir usted todo. Comprendo que los admire pues yo no he dejado de hacerlo a pesar de su hipocresía y del mal que me hicieron al final de la vida. Si no inglés, siempre me he considerado británico. —Contestó Oscar Wilde con un deje de orgullo. —Pero ni se me pasó por la cabeza que usted pudiera haber creído alguna vez en Dios o en otra vida.

—Si se refiere a esas «nimiedades judías del Antiguo Testamento»» puede estar seguro de que no. Desconozco como otros «puedan haberse visto conducidos a tal situación por la mugre judía y las estupideces de los curas»», pero nunca he negado la existencia de un ser supremo o de una providencia. —Y continuó con el semblante transfigurado. —««¿Qué Dios es ese al que sólo le agrada ver a los hombres humillados ante él? Intente plantearse el sentido del siguiente embuste, que es bastante simple. Dios crea las ocasiones de pecado. A continuación, y con ayuda del demonio, logra que el hombre peca. ¡Y entonces se sirve de una virgen para traer al mundo

un hijo que con su muerte redimirá a la humanidad!»»

—¡Qué curioso! Por primera vez sus palabras tienen eco... ¿No escucha como se alejan y parecen volver rebotadas? —Respondió Oscar Wilde, mientras abría los ojos de forma exagerada.

Hitler y Wilde permanecieron un momento en silencio hasta que los últimos murmullos desaparecieron en aquella gélida inmensidad.

—A mí —continuó Oscar Wilde —, ««la religión no me servía de consuelo. La fe que otros tenían en lo invisible, la tenía yo puesta en lo visible y en todo aquello que se puede tocar. Mis dioses habitaban templos contruidos con las manos y dentro del círculo de mi experiencia, mi credo era perfecto y completo, quizá demasiado completo, porque al igual que otros que han situado su paraíso en la tierra, yo he encontrado en él no sólo la belleza del paraíso, sino el horror del infierno también.»»

—Mr Oscar, ««El dogma cristiano se ha desgastado ante los avances de la ciencia. La religión cada vez tendrá que hacer más concesiones. Los mitos se van desintegrando de modo gradual. Y lo único que queda es probar que en la naturaleza no hay fronteras entre lo orgánico y lo inorgánico. Ahora que la comprensión del universo se ha difundido ampliamente, ahora que la mayoría de los hombres saben que las estrellas no son fuentes de luz, sino

mundos, acaso habitados como el nuestro, la doctrina cristiana será tachada de absurda.»» —Añadió Hitler, con la mirada de un visionario.

—No esté usted tan seguro, —le cortó Wilde. —No sé que le llevó a pensar así, pero yo ««consagrado en otro tiempo por entero al placer, procuré huir de todo sufrimiento y amargura. Como odiaba el dolor, resolví ignorarlo mientras me fuera posible, tratarlo como algo imperfecto, lejano a mi ambiente.»»

—¿Y acaso no es así? —Intervino Hitler.

—««No le concedí el menor resquicio en mi filosofía»», —continuo Wilde sin prestarle atención. —««En realidad el dolor es una revelación, ya que se comprenden cosas que antes no habían podido comprenderse. En general, considera uno la Historia desde un punto de vista diferente. Lo que del arte había podido vislumbrarse oscuramente a través del instinto, se entiende intelectual y emocionalmente con una perfecta claridad de visión y una intensidad absoluta de conocimiento. Ahora comprendo cómo el dolor, la emoción suprema de que es capaz el hombre, es, al mismo tiempo, prototipo y piedra de toque del arte más sublime.»»

Hitler paseaba frente a Wilde, erguido, con los andares de un guardia delante de su gari-ta, unos metros hacia un lado, media vuelta y otros tantos hacia el otro. Gesticulaba sólo

cuando él tenía la palabra. Mientras las nubes, o lo que fuesen, seguían su curso sobre sus cabezas con un suave balanceo que recordaba el oleaje de un mar puesto del revés.

—Y ahora me hablará usted de amor, del prójimo y de todo ese ««galimatías judío»». Pero le aseguro —dijo Hitler levantando el dedo, —que ««el cristianismo ha alcanzado la culminación de lo absurdo. Y por eso llegará el día en que su estructura se venga abajo. La ciencia ya ha empapado a la humanidad. En consecuencia, cuanto más se aferre a sus dogmas el cristianismo, más rápidamente decaerá.»»

—Verá usted, Herr Adolf, ««recuerdo haber hablado una vez de esto con uno de los seres más hermosos que he conocido en mi vida: una mujer cuya simpatía y bondad hacia mí, lo mismo antes que durante la tragedia de mi encarcelamiento, son inexpresables. Ella me ayudó, sin darse cuenta, a sobrellevar la carga de mis pesares como nadie en el mundo, y por el solo hecho de existir, solo por ser lo que es: en parte un ideal y en parte una influencia: una sugerencia de lo que uno podría llegar a ser tanto como una ayuda efectiva para llegar a serlo; un alma que purificaba el aire y hacía que los valores espirituales pareciesen tan sencillos y naturales como el mar o la luz del sol; alguien para quien la belleza y el dolor iban de la mano y tenían un fin idéntico.»» —E insistió Oscar Wilde, mientras Hitler parecía ponerse más nervioso. —««En la ocasión a que

me refiero recuerdo perfectamente haberle dicho que había suficiente sufrimiento en una callejuela de Londres para demostrar lo poco que Dios ama al hombre, y que dondequiera que hubiese aflicción, aun nada más que la del niño que llora en cualquier rincconcillo por una falta que puede o no haber cometido, la Creación entera quedaba desfigurada. Estaba equivocado, y ella me lo dijo; pero entonces no quise creerla. No había llegado todavía a la esfera en que dicha fe puede ser alcanzada.»»

—¡Tonterías!, Mr. Oscar —respondió Hitler con vehemencia—, ««no es posible aferrarse mucho tiempo a principios que el progreso del conocimiento ha demostrado que son falsos. Me equivocaría si acusara de mentiroso a un hombre que creyera firmemente en el mundo aristotélico o tolemaico, pues su elección no tenía otra alternativa. Pero un hombre que aún crea actualmente en esa antigua concepción del mundo ciertamente es un mentiroso. La ciencia no se mantiene inmóvil. En mi opinión, una de las virtudes de la humanidad es su capacidad para rechazar una falsedad probada.»»

—No sé si me llama usted mentiroso o si delira. ¡La ciencia, la ciencia!, Herr Adolf, la ciencia no prueba la nada y jamás lo hará —le dijo Wilde desdeñosamente—. Hay cosas que sólo el corazón puede probar. ««Ahora me parece que el amor, cualquiera que sea su categoría, es la única explicación posible de la enorme cantidad de sufrimiento que existe en

el mundo. Por mi parte, no concibo otra explicación. No creo que haya otra, y si el mundo ha sido, en efecto, construido con amargura, también lo ha sido por manos amorosas, porque solo de esta manera puede el alma humana, para quien el mundo ha sido creado, alcanzar la plenitud de su perfección.»»

—««Si pasados mil o dos mil años la ciencia llega a la necesidad de renovar sus puntos de vista, ello no significará que la ciencia sea mentirosa»», Mr. Oscar —contestó Hitler—. ««La ciencia no puede mentir, pues siempre está pugnando por deducir según el estado de los conocimientos del momento, cuál es la verdad. Cuando se equivoca lo hace de buena fe. Es el cristianismo quien miente. Está en perpetuo conflicto consigo mismo.»»

—Yo, Herr Adolf, ««adviento una relación mucho más íntima e inmediata entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista, y es para mí una gran alegría pensar que, mucho antes que el dolor se hubiese apoderado de mis días y me atase a su carro, había yo escrito, en "El alma del hombre", que quien pretenda vivir una vida igual a la de Cristo, ha de ser completa y absolutamente Él mismo»». —Afirmó Wilde. —No ha sido siempre así ni lo es, pero no dudo de lo que dije y menos ahora, aunque parezca oscuro o misterioso.

—Usted no sabe de lo que habla, —intervino Hitler. —««Debería leer lo que dijo al

respecto Juliano el Apóstata -aunque sería mejor hablar de Constantino el Traidor y de Juliano el Leal-. Originariamente el cristianismo no era sino una encarnación del bolchevismo destructor. De todos modos el galileo a quien más tarde llamarían Cristo pretendía algo muy distinto. Hay que considerarlo un dirigente popular que aprovechó su posición entre los judíos. Galilea era una colonia en la que probablemente los romanos habían instalado a legionarios galos, y es seguro que Jesús no era judío. La falsificación decisiva de la doctrina de Jesús fue obra de san Pablo. Se entregó a esta labor con sutileza y planteándose como una proeza personal. Pues el objetivo del galileo era liberar a su país de la opresión judía. Se opuso al capitalismo judío, y por eso los judíos lo liquidaron.»»

—Acaso no sé de lo que hablo, —contestó Wilde mirando fijamente a Hitler a los ojos, —pero usted delira o me cuenta un batiburrillo de ideas ajenas, sin sentido. ¿Dirigente, Jesús? Está claro que desconoce que el cristianismo es la única de las grandes religiones que no fue creación de un príncipe. De un humilde artesano, o acaso campesino galileo, sí. Y no tendría importancia si era judío o no, si usted pensase algo más antes de hablar o si hablase por sí y no por bocas ajenas. En el fondo no me extraña que le cueste creerlo, porque ««es para mí todavía algo increíble que un joven campesino galileo se imagine que pueda llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo: el peso de cuanto hasta entonces se había hecho

y sufrido, y de cuanto se tendría que hacer y sufrir: los pecados de Nerón, de Cesar Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y sacerdote del Sol...;»»

—««No creo para nada en la autenticidad de ciertas imágenes en curso acerca de los emperadores romanos. Estoy seguro de que Nerón nunca incendió Roma. Fueron los cristiano-bolcheviques quienes lo hicieron, del mismo modo que la Comuna incendió París en 1871 y los comunistas pegaron fuego al Reichstag en 1932.»» —Soltó Hitler en medio del discurso.

—Y siguió Wilde, sin inmutarse ante la interrupción, —««...el peso de los sufrimientos de aquellos que forman legión y que tienen su morada entre los sepulcros, las naciones oprimidas, los niños que trabajan en las fábricas, los ladrones, los reclusos, los proscritos, aquellos que enmudecen bajo la opresión y cuyo silencio solo Dios comprende. Y no solo imaginó, sino que lo realizó de tal suerte que, en el momento actual, todos aquellos que se ponen en contacto con Él, aunque no se inclinen ante sus altares ni se prosternan ante sus sacerdotes, comprenden que les será borrada la fealdad de sus pecados y revelada la belleza de su sufrimiento.»» Y usted no fue una excepción, Herr Adolf. Quiso salvar su imagen de Cristo haciéndolo ario y antijudío. Quizá haya olvidado cuando fue, pero es incapaz de hablar mal de Él, sólo lo tergiversa.

Hacía un buen rato que Hitler había dejado de caminar como un centinela, delante de Oscar Wilde, para hacerlo en un círculo perfecto alrededor del sillón, con las manos a la espalda y el rostro cada vez más alterado. Pero las últimas palabras le hicieron acelerar el paso y subir el volumen de su voz.

—««El cristianismo puro, el de las catacumbas, se preocupa por llevar al campo de los hechos la doctrina cristiana; lo que conduce, sencillamente, a la aniquilación de la humanidad. No es más que bolchevismo puro bajo oropeles de metafísica.»» —Y continuó Hitler. —««Si los judíos lograron destruir el imperio romano, fue porque san Pablo transformó un movimiento local ario de oposición a la judeoría en una religión supratemporal que postula la igualdad de todos los hombres entre sí y su obediencia a un solo dios. Sus ideas igualitarias tenían lo necesario para ganarse a una masa compuesta por innumerables personas desarraigadas. Mientras la sociedad romana mostraba su hostilidad a la nueva doctrina, el cristianismo en su estado más puro llevó a la población a la revuelta. Roma fue bolchevizada, y en Roma el bolchevismo produjo exactamente los mismos resultados que posteriormente en Rusia.»»

—Lo cuenta como si lo hubiera vivido —dijo Wilde, con una mueca burlona en los labios. —Tiene tan asumida esa historieta que es incapaz de escapar de ella. Herr Adolf, a usted que tanto admira a griegos y romanos,

sus "arios" de un pasado glorioso, le aseguro que al menos ««Cristo cuenta entre los poetas. Shelley y Sófocles son hermanos suyos... Pero su misma vida es el más maravilloso de los poemas, y nada hay, en todo el ciclo de la tragedia griega que pueda igualar "el temor y la piedad" de esta vida. La absoluta pureza del protagonista le eleva a una altura tal del arte romántico, en la que quedan excluidos, por su mismo horror, los sufrimientos de Tebas y de la raza de Pelop. Y esa pureza muestra asimismo lo erróneo del axioma expuesto por Aristóteles en su "Tratado del drama", y que sentaba que no era posible soportar la vista del castigo de un inocente. Ni en Esquilo ni en Dante, austeros maestros de la ternura; ni en Shakespeare, el más puramente humano de todos los grandes artistas; ni en todos los mitos y leyendas célticas, en los cuales la gracia del mundo brilla a través de una niebla de lágrimas, y la vida de un hombre no vale más que la de una flor,...»»

—¿Por qué tendría que valer más? ««¡Qué más da que sea el hombre el que mata al tigre, o que sea el tigre el que mata al hombre!»» — Intervino Hitler. —««El más fuerte se impone: es la ley de la naturaleza. El mundo no cambia, sus leyes son eternas.»»

—««...no hay nada que, por su conmovedora sencillez, unida a la sublimidad del efecto trágico de que nace, no hay nada que pueda igualarse, ni siquiera aproximarse, al último acto de la Pasión de Cristo.»» —Siguió Wilde

sin hacer caso a su interlocutor. —««La cena con sus discípulos, uno de los cuales le había ya vendido por el precio de unas monedas; la angustiosa espera en el jardín silencioso, bañado por la luz de la luna; el amigo perjuro que le traiciona con un beso; aquel otro, todavía fiel y sobre el cual podría edificar, como sobre una roca, un lugar de refugio para el hombre, y que le niega en el momento en que empieza el gallo a cantar, al amanecer; su entera soledad, su sumisión que todo lo acepta, aquella escena en que el gran sacerdote de la ortodoxia desgarra con furor sus vestiduras y el magistrado de la justicia civil —su "ario" Pilatos— lava sus manos con la vana esperanza de que desaparezca de ellas la mancha de la sangre inocente que hará de él una siniestra figura de la Historia; la penosa ceremonia de la coronación, la más maravillosa en la crónica de los acontecimientos; la crucifixión del Inocente ante los ojos de su Madre y del discípulo amado; la soldadesca jugando a los dados sus vestiduras; la muerte pavorosa que ha legado al mundo un símbolo eterno; su enterramiento en el sepulcro del rico, su cuerpo envuelto en un lienzo ungido de especias y de aromas costosos, como lo hubiera sido el del hijo de un rey.»»

—Acaso fuese el hijo de un rey galo establecido allí por los romanos, —interrumpió Hitler.

—No diga tonterías, Herr Adolf. Aunque usted no crea, tendría que admitir que ««si

contemplamos todo esto desde el punto de vista del arte exclusivamente, debemos agradecer que el supremo ministerio de la Iglesia sea el de representar la tragedia sin efusión de sangre, por medio de la representación mística de la Pasión, del diálogo, de las vestiduras y hasta del gesto. Para mí, es siempre una fuente de dicha y de temor el recordar que la última supervivencia del coro griego, perdido de cualquier otro modo, para el arte, radique en la presencia del acólito que ayuda al sacerdote en la misa.»» —Contestó Wilde con cierta vehemencia.

La nubosidad que estaba justo sobre sus cabezas se iluminó levemente, poco a poco mientras ellos hablaban. Se hizo un círculo más tenue como si aquella se estuviese volviendo traslúcida, pero el fenómeno no les alteró lo más mínimo y ninguno de los dos miró hacia arriba.

—««El cristianismo es un invento de mentes enfermas. La actual Iglesia no es más que una sociedad anónima hereditaria para la explotación de la necedad humana.»» — Respondió Hitler. —««No cabe imaginar algo más carente de sentido ni un modo más indecente de convertir la noción de divinidad en una burla. Empecé a perder cualquier respeto a la humanidad cuando me percaté de que había personas de nuestro bando, ministros o generales, dispuestas a creer que sin las bendiciones de la Iglesia no podíamos triunfar. Semejante idea sólo es excusable en niños pe-

queños a los que no se ha enseñado otra cosa.»»

—¡Niño! ¡No queda más remedio que ser niño, Herr Adolf. Durante mi encarcelamiento ««había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi fortuna. Era un recluso, y era un pobre, pero me quedaba mi bien máspreciado: mis hijos. Y de pronto la ley me los arrebató.»» —Wilde calló unos segundos y se encogió, como si el dolor lo atravesase de nuevo. —««El golpe fue tan terrible, que me quedé como aturdido. Me puse de rodillas, incliné la cabeza, lloré y dije: "El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor; ya no soy digno de ninguno de ellos". Y ese momento fue sin duda el que me salvó. En ese momento comprendí que sólo me restaba aceptarlo todo. Y desde entonces, por extraño que esto parezca, fui feliz, pues había llegado hasta lo más hondo de mi alma. Había mostrado ser su enemigo en muchos respectos, y la encontré esperándome como un amigo. Al entrar en contacto con el alma, uno se vuelve otra vez niño, y esto es lo que uno ha de ser, según las palabras de Cristo. Él vio en los niños el modelo que debemos intentar copiar. Él los dio como ejemplo a los hombres.»»

—Mr. Oscar, usted se humilló en la cárcel y yo, en parecidas circunstancias, en Landsberg, fortalecí mi voluntad y mi orgullo. ««Nunca llegué a estar en tratos personalmente con la mentira cristiana. Para mí fue una gran satisfacción sentirme completamente ajeno a ese

mundo.»» —Respondió Hitler. —««Creo que la naturaleza otorga la victoria al que sabe servirse del cerebro que le dio la naturaleza. Es posible que usted encuentre horrible esa ley natural que exige que todos los seres vivientes se devoren entre sí. La mosca es engullida por una libélula, a ella misma se la traga un pájaro, que a su vez es víctima de uno más grande. Y éste, envejeciendo, se convierte en presa de microbios que acaban con él. Los microbios encuentran también el fin que para ellos está previsto. La vida individual no debe ser estimada a un precio demasiado elevado. Si el individuo tuviera importancia a ojos de la naturaleza, ella se encargaría de preservarlo. Del mismo modo que el cuerpo vuelve a ella, el alma y la mente migran. Entre los millones de huevos que pone una mosca, pocos llegan a buen término, y sin embargo la raza de las moscas está floreciente.»» ¡Es la supervivencia de la raza lo que importa!

—Escuchándole casi desearía uno que hubiese tenido razón, Herr Adolf, y se hubiese usted reencarnado en huevo de mosca una y otra vez hasta la desaparición absoluta de la especie de ese insecto. Pero la desgracia de su vida fue sin duda el orgullo, ««y me atrevería a afirmar que, en la vida como en el arte, la rebelión obstruye los caminos del alma y no deja penetrar en ella el aire de los cielos.»» — Le contestó Wilde. —««Durante mi estadía en la cárcel de Wandsworth, llegué incluso a desear la muerte. Morir era mi único deseo. Y cuando, tras permanecer dos meses en la en-

fermería, me cambiaron de sitio y mi salud física fue poco a poco mejorando, bramaba de rabia. Hice el propósito de suicidarme el mismo día de mi liberación.»» Pero después cambié, como le dije. Usted renegó de su dolor. Se quitó la vida y perdió la oportunidad de conocer lo que yo aprendí en mi último año de cárcel. ¡La raza, la especie..., todo eso son necedades sin importancia!. Lo importante es la persona. ««La humildad, como eceptación artística de todas las experiencias, es, sencillamente, un modo de expresión. Lo que busca siempre Cristo es el alma del hombre. Le llama "el Reino de Dios" y la encuentra en cada uno de nosotros. La compara con cosas nimias, con una semilla minúscula, con un puñado de levadura, con una perla. Para comprender la realidad del alma, hay que desprenderse de todas las pasiones extrañas, de toda la cultura adquirida, de todos los bienes exteriores, ya sean buenos o malos. Ha habido gentes que han intentado hacer de Él un filántropo corriente o que le han clasificado como un altruista, entre los ignorantes y los sentimentales. Pero no fue realmente ni lo uno ni lo otro. Es cierto que su piedad fue inmensa para los pobres, para los reclusos en cárceles, para los humildes y desgraciados; pero siente mucha más piedad por los ricos, por los hedonistas empedernidos, por los que sacrifican su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, por los que visten finas ropas y viven en regios palacios. Sus riquezas y el placer le parecen realmente más trágicos que la pobreza o el dolor. Cuando dice: "Perdonad a vuestros enemigos", no lo dice

sólo por amor al enemigo, sino por amor hacia uno mismo y porque el amor es más bello que el odio. En el ruego que formula al joven rico: "Vende todo lo que posees y dáselo a los pobres", no piensa en la situación de estos, sino en el alma del joven, en el alma que está a punto de ser corrompida por la riqueza. No dijo nunca a los hombres: "Vivid para los demás", les indicó que no había diferencia alguna entre las vidas de los otros y nuestra propia vida. De este modo dio al hombre una extensa y titánica personalidad. Desde su venida, la historia de cada individuo por separado es, o puede llegar a ser, la historia del mundo.»» Ya supongo que es esto lo que le molesta, Herr Adolf, pero no puede cambiarlo culpando a san Pablo de lo que no tiene culpa.

En el círculo sobre sus cabezas ya había desaparecido casi por completo la nubosidad y ahora se veía un cielo negro y cubierto de infinidad de estrellas. Permanecieron ajenos al fenómeno y siguieron su conversación. Hitler se paró y dio un fuerte pisotón en el suelo que retumbó a lo lejos.

—Cada vez se parece más su discurso, Mr. Oscar, al de un clérigo, y no lo soporto. ««Cuando un cura nos presenta como concepción de la divinidad su versión mediocre del hombre, apenas añade nada a nuestro conocimiento del creador. La gran ambición de la clerigalla es y ha sido siempre socavar el poder del Estado. Es un reptil inmundito que asoma la cabeza allí donde hay un signo de debi-

lidad del Estado, y por ello debería ser pisoteado al instante.»» —Respondió Hitler, cada vez con un tono de voz más alto. Mientras, a través del suelo helado que le rodeaba fueron apareciendo multitud de manchas que poco a poco se convirtieron en rostros que le miraban. —««Cuando uno considera de cerca la religión católica, no puede dejar de percatarse de que se trata de una combinación de hipocresía y agudeza en los negocios increíblemente taimada, que manipula con habilidad consumada la arraigada afición de la humanidad a las creencias y supersticiones que sostiene. Es de lo más evidente que si la Iglesia solamente siguiera las leyes del amor y sólo predicase el amor como medio de inculcar sus preceptos morales, no hubiera sobrevivido mucho tiempo.»» Nunca pretendí que se debieran resucitar viejas religiones, pero ««el mundo antiguo tenía sus dioses, a los que servía. Y los sacerdotes, interpuestos entre los dioses y los hombres, eran servidores del Estado, pues los dioses protegían a la ciudad.»» ¡Esas eran unas verdaderas religiones emanadas del pueblo!

—Herr Adolf, veo que a pesar de los años no ha perdido del todo su poder de convocatoria.. —Dijo Wilde, con un tono condescendiente y casi burlón, mientras observaba los centenares de rostros que estaban a los pies de Hitler, rodeándolo con expresión de curiosidad —Pero ««los dioses griegos, pese al tono blanco y rosado y a la agilidad de sus armoniosos y flexibles miembros, en realidad no

eran lo que parecían ser. El arco de la frente de Apolo parecía el disco solar cuando en el crepúsculo domina una colina, y sus pies las alas de la mañana; pero el mismo había sido cruel con Marsias, y había robado los hijos de Niobe. En los ojos acerados de Atenea no apareció ningún destello de piedad para con Aracné; la pompa y los pavos reales de Hera constituían cuanto esta diosa poseía de verdaderamente noble, y el mismo padre de los dioses había amado en demasía a las hijas de los hombres. Del taller del carpintero de Nazaret surgió una personalidad infinitamente más grande que cualquiera de las creadas por el mito o la leyenda, una personalidad que estaba destinada -aunque parezca extraño- a revelar al mundo el sentido místico del zumo de la vid y las bellezas reales de los lirios de los valles como nadie la había hecho nunca ni en el Citerión ni en Enna.»» ¡Sus diosecillos "arios" no merecen la pena!

Cuando Hitler, alterado por la ira, iba a contestar, un fuerte resplandor surgió sobre sus cabezas. Al mirar hacia arriba vieron una brillante estrella justo en el centro del agujero entre las nubes. Todas las demás parecían haber desaparecido y comenzó a escucharse una música lejana, una melodía que a los dos se les hizo conocida, pero que a uno alegró y al otro sólo consiguió enfadar más.

—¡Maldita sea! —dijo Hitler. —Siempre que he visto ese resplandor esperaba una esvástica flamígera en los cielos como anuncio del

porvenir, pero esa me trae el recuerdo de lo que más abomino. ¡Y esa música...!

—¡Usted y su esvástica! Mira que tiene mala memoria, Herr Adolf. —Le dijo compasivamente Oscar Wilde. —Todos los años tenemos esta reunión en la misma fecha, en la Navidad, y siempre aparece la estrella un instante sobre nosotros recordándonos el nacimiento de Jesús, y usted no cesa en esperar lo mismo. ¡Nunca cambiará!

—Nunca he conseguido llegar al trono antes que usted. —Contestó Hitler secamente y con pesadumbre, mientras daba la vuelta y volvía sobre las huellas de sus propios pasos. —Ya es hora de marchar y de seguir el peregrinaje por esta eterna llanura. ««Siempre odié la nieve. Ahora ya sé por qué. Era un presentimiento»».

—Ya le dije que este sillón era yo mismo. — En cuanto Oscar Wilde se levantó el butacón de hielo se esfumó en el aire—. Sepa, aunque no le sirva de consuelo, que a donde yo vuelvo tampoco tengo ningún asiento. Usted soñó antaño con un olimpo de los espíritus más ilustres de todos los tiempos, pero yo le aseguro que conozco a alguno de esos allí y no se ha perdido usted nada por no estar en su compañía. Al fin y al cabo usted es, al menos en parte, una terrible consecuencia de lo que algunos de nosotros fuimos, o quisimos ser, en los dos siglos que le precedieron...

Hitler no se molestó en contestar y siguió su marcha erguido sin volver la vista, mientras, toda aquella cohorte de rostros en el suelo parecía seguirle cual sombra gigante. Arriba, el resplandor creció y las nubes siguieron abriéndose según ellos se alejaban. La melodía continuó con intensidad a la vez que la parte del yermo que quedaba justo debajo del cielo estrellado comenzó a reverdecer y a llenarse de flores.

© Jose Puentes. Nadal de 2006.

P.D.: El texto que va entre «« »» procede, respectivamente según el personaje, de "Las conversaciones privadas de Hitler", y de "De Profundis" de Oscar Wilde.

navytale
de emergencia

© Jorfasán, diciembre 2006
es.humanidades.literatura

Si esta noche de nochebuena se te mete un señor mayor barbudo en pelotas en tu cama, explícale que lo que tú pediste era un volvo, joder, ¡UN VOLVO!

Navitale y tal y tal

© O Flaherty, *diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

Hoy toca de guerrero galáctico. Armado de un extraño rifle espacial del que sale un tubo que conecta a algo parecido a una mochila cuadrada sujeta a la espalda, un chocante casco al que un pico de feroz águila sobresale en la frente, gruesas botas de grandes hebillas, pistola de largo cañón sujeto al extremo de una bandolera plagada de gruesos proyectiles, todo él minuciosamente pintado en purpurina plateada que casi no le permite mover las pestañas, permanece de pie, muy quieto, sobre un pequeño cajón.

Edgar Guzmán, ocho meses hace que llegó de otro mundo allende los mares, está plantado en el cruce de Postas y Sal, muy cerca de la Plaza Mayor, precisamente donde Don Baldomero, padre de Juanito Santacruz, tenía, según cuenta Galdós, su tienda de paños, y donde, desde principios del XVII, si bien luciendo aires nuevos, se encuentra la célebre 'Posada del Peine'. Pero Edgar no conoce esos detalles, ni ha tenido nunca demasiado tiempo para lecturas. Si acaso, le suena algo de su paisano, santiagueño como él, Manuel del Cabral:

"Hombres negros pican sobre piedras blancas, tienen en sus picos enredado el sol. Y como si a ratos se exprimieran algo... lloran sus espaldas gotas de charol."

En el plato, ante él, unas pocas monedas que él sabe producto de caridad, que no de salario, porque lo suyo, si bien es esfuerzo, no es trabajo, ni arte, aunque algo de ambos tiene. Que lo digan si no los sudores de julio o los fríos de noviembre. Porque el secreto está en no moverse, en permanecer como ese rey a caballo que hay en la plaza. Y cuando alguien deposita una moneda, aprovecha para agradecerlo con un gesto que le desentumece y le permite variar, siquiera un ápice, la postura.

En su mirada fija, inmóvil, como de piedra, no se reflejan sus pensamientos, que están bien lejos, sobrevolando el mar, al otro lado del mundo. Y nadie observa que tras los sosegados ojos, abraza a su hijo en la distancia, hace el amor con su mujer y bullen planes confusos de retorno, de lejanas esperanzas.

Un niño, de la mano de su madre le mira extasiado, fijamente, con ojos muy abiertos. Va muy abrigado, con guantes, bufanda y gorro de lana de múltiples colores. Le recuerda a su hijo Ramón, y a punto está de romper las reglas y acariciar su cabeza, pero se conforma con un guiño cuando sus ojos tropiezan.

El Ayuntamiento ha puesto miles, millones de luces, que se encienden de repente alum-

brando, aún más, la calle. La gente va de prisa (siempre hay prisas en Madrid), cargada de paquetes, entrando y saliendo de tienda en tienda. Resuenan villancicos, panderetas y campanillas, pero sus recuerdos le traen aquél de su tierra que aquí nadie parece conocer:

"Ábreme la puerta que estoy la calle y dirá la gente que esto es un desaire.

Allá dentro veo un bulto tapao, no se si será un lechón asao"

Porque el "puerco asao en puya" que es el plato tradicional, no se ve por aquí, ni los pasteles en hojas, los lerenes o el pan de fruta. Y no sabemos si el intenso frío, los recuerdos o el hambre, le provocan un estremecimiento, como el que le produce ese anuncio de turrón con su 'Vuelve a casa, vuelve, por Navidad'. A punto ha estado de liarse la manta a la cabeza. si tuviese manta, porque es la primera vez que está lejos de todo lo que es su vida en estas fiestas.

Se ha formado un corrillo de gente. Alguien se pone a su lado mientras un flash le deslumbra un momento. Oye el sonido metálico de una moneda en el plato. La noche cae y comienza a nevar.

NavytaleCuántico: Pobre gato

© Indah, diciembre 2006
es.humanidades.literatura

[¡Pobre gato! -dijo ella-. ¿No sentís remordimientos?

-¿Remordimientos? -respondí-. ¿De qué? No es preciso sentir remordimientos por la suerte del gato.]

I- «El mundo tiene dos partes,...

Me impidió retirar la bandeja: «déjala, que te la lleves no cambia las cosas». Se equivocaba: ya las había cambiado. Supe que era mejor dejarlo solo: cuando todo está dicho sobran las palabras. Y los gestos, al menos éstos que otorgan a los objetos la potestad de recordarnos que nada volverá a ser como antes. No nos habíamos preparado e, indefensos, sin que unas manos -sus manos- jugaran como tenía por costumbre a atrapar el espíritu del café, que escapaba de la taza, contemplamos el vaho que ascendía libremente; con él, convertido en desolación se alejaba la entereza con la que mi mejor amigo había soportado la ceremonia religiosa y el entierro. Lo conocía bien, aún estando a punto de derrumbarse aparentaba una serenidad que estaban muy lejos de sentir.

-Apaga las luces al salir.

El tiempo de abrir y cerrar la puerta de la

calle fue suficiente para que la casa se llenara de ruidos cotidianos, de alegría, voces, risas. Después, silencio. Frente a él, cerca de la bandeja, abierto por la primera página estaba su libro. Páginas y páginas escritas a mano (y cuánto se alegraba ahora, de que ella nunca hubiera querido utilizar el ordenador, sino papel y pluma), pensamientos escritos para él; pensamientos que, aunque Roger hubiera olvidado apagar las luces, no podría leer: las lágrimas se lo impedían. Por primera vez en muchas horas permitió que el cansancio lo venciera.

I.i ... la de los potenciales, lo que está en potencia lo que puede ser;

- «Enciende la luz, amor. Sólo tú puedes hacer que termine este sueño que, sin saberlo aún, emprendí aquel día. ¿Lo recuerdas?»

I.ii ...y la de las realidades de las cosas que pasan.»

- Lo recuerdo-. Se escuchó decir sin saber a quién contestaba ni porqué. Dos inofensivas palabras que aumentaron aquella necesidad urgente de hacer algo, lo que fuera, aún a sabiendas de que ya nada podía hacerse.

II.- «Extrañeza, encanto, belleza, verdad y color (QCD).»

-¿Lo recuerdas? ¡Pobre gato! -dije yo-. ¿No sentís remordimientos?

-¿Remordimientos? -me respondió Roger-, ¿de qué? No es preciso sentir remordimientos por la suerte del gato. «El experimento -un clásico en el ámbito de la Física Cuántica- es totalmente imaginario, y corresponde a una propuesta que el físico Erwin Schrodinger llevo a cabo en mil novecientos treinta y cinco. Hay cincuenta por ciento de probabilidades de que alguna partícula se desintegre, alcance el detector, y haga que se abra el recipiente del veneno; y otro cincuenta por ciento de que no suceda absolutamente nada. Con este pequeño experimento podemos ver la complejidad de la Física Cuántica, al tiempo que la sencillez de sus teorías.» Sus explicaciones despertaron mi curiosidad, y desde aquella noche, Roger fue el culpable, me aficioné a la Física Cuántica; leía cualquier cosa que cayera en mis manos sobre el tema.

- ¡Dios mío! -;exclamaba cuando era capaz de vislumbrar, de comprender- ¡todo lo que podemos ver, todo lo que podemos tocar no está compuesto de materia, sino de ondas! También fue Roger quien, cuando yo ya no podía ir a la biblioteca, se encargó de traerme libros. Antiguos, modernos, me daba igual. No es que los leyerá: los devoraba. Lo que entendía me arrancaba un ¡Dios mío, y lo que no, me sonaban a música: a tú música. Sé que lo sabes, amor mío, pero déjame imaginar que soy yo quien te lo descubre, ¡son tantas las

cosas que tú me has descubierto a mí!: una onda puede representarse mediante una ecuación matemática. ¡Imagínate! Después de todo, en teoría, un cuerpo material, ! incluido el gato!, puede ser definido mediante una complicadísima serie de ecuaciones matemáticas. Es tanto el asombro que me sigue produciendo que me da igual no recordar el nombre -impronunciable por otra parte- de quien lo consiguió ¿Sabes?, Einstein tuvo su gran pelea con los cuantos, pero no se rindió. Yo tampoco; por eso trato de imaginar mis náuseas como ondas: la «quimio» me está destrozando -escribí hace semanas en mi libro-, así todo no me rindo, amor, no me rindo. Einstein tampoco lo hizo. «Sé que debo parecer un avestruz -escribió en una ocasión- que esconde su cabeza para no tener que enfrentarse con los malvados cuantos.» (Yo también debo parecer un avestruz que esconde su cabeza bajo este pañuelo).

Unos malvados cuantos que daban la sensación de salirse con la suya en todas las ocasiones. Prueba de ello fue su objeción a la mecánica cuántica conocida como «paradoja de E.P.R.». Es curioso, fíjate: si imaginamos dos partículas emitidas simultáneamente que se alejan en direcciones opuestas, sucedería que, según los principios de la cuántica, el sistema compuesto por las dos partículas antes de separarse es una función de onda única, y el sistema completo tiene ciertas magnitudes constantes. «De modo que, si analizamos en un momento determinado la posición -o veloci-

dad- de una de las partículas, podemos conocer la posición -o velocidad- de la otra. Al medir una de ellas, la modificamos, pero como la suma de las dos conserva esas magnitudes constantes, alterando una de ellas, alteraremos también la otra.»

¡Almas gemelas! Como las nuestras.

Leía, imaginaba, creía; te lo contaba: ¿sabes?, la ecuación que describe como se mueve una onda cuántica -la ecuación de Schrödinger- no describe una onda material (ni mis náuseas), sino que lo que realmente describe, matemáticamente, es la probabilidad de encontrar el fotón o el electrón: la entidad cuántica, en un lugar definido.

Y luchaba. Y soñaba que, finalmente, mi tenacidad conseguiría imprimir a mi desesperada lucha contra las malvadas células el movimiento «rotatorio» -el spin- del electrón, y es que, aunque los efectos de esta dimensión adicional se hagan sentir sólo en el plano de lo mínimo, de lo ultra pequeño (el microcosmo de su mundo cuántico), y a pesar de que a diferencia del electrón, nosotros, los seres humanos, ya no tenemos la facultad de distinguir entre esos dos ángulos de rotación, ¡la velocidad del electrón en su spin -;que varía al ser un movimiento circular- tiene, exactamente, el doble del valor que se le podría calcular si fuera producido por la rotación de una esfera cargada eléctricamente con la misma carga de un electrón! ¿No es impresionante?

III.- «La conciencia crea la realidad.»

-Si yo tuviera ese spin, las vencería. Si fuese una onda, las vencería. Pero, ¡es tan abstracto el concepto de onda, amor mío, tiene tantas formas! Las ondas que viajan en el medio material se denominan ondas mecánicas. Sin embargo, una onda en el agua -ésas que tanto me gustan- en realidad no es sino contemplar una nueva disposición de su superficie: ¡sin la presencia del agua no existiría onda alguna! O las que ocurren si atamos el extremo de una cuerda y movemos el otro extremo hacia arriba y hacia abajo, ¿a que vemos como a lo largo de la cuerda se mueve una onda?, pues, ¡si no existiera la cuerda no existiría la onda!

- Y si no existieses tú, amor, desearía morir. La «quimio» me está destrozando. Es un horror llevar este pañuelo en la cabeza. Un horror. Debo parecer un avestruz.

Dirás que siempre pienso en las ondas, pero es que, así, dejo de compadecerme. Pienso en todas, pero más que en ninguna otra en las sonoras, en tu música. ¿Sabes que viajan en el aire como resultado de las variaciones de presión en él, de punto a punto? ¡Ondas! Perturbaciones de un cuerpo, o un medio. Ondas entre tu cuerpo y el mío.

-«Quizá debería decirte que me han detectado un tumor.»

Una onda puede considerarse como el movimiento de una perturbación.

-Hemos encontrado una pequeña perturba-

ción en uno de tus senos. Aún es pronto para asegurar nada, pero...

Fourier, demostró que «cualquier onda puede ser descompuesta como una suma única de ondas componentes senoidales.» Pero no hay que confundir esa perturbación con el movimiento de las partículas. Las ondas mecánicas requieren para su existencia de una fuente de perturbación: la piedra que arrojamós al agua, un medio que pueda ser perturbado: el agua, el aire, y alguna conexión física, o mecanismo, mediante el cual las porciones adyacentes del medio, las que están en contacto, ejerzan influencia entre sí.

- «Sí. He debido decirte que me han detectado un tumor. No. No, cuando vuelvas. La porción adyacente del medio, es decir, yo, ya sufre bastante.»

¿Lo ves? Es preferible que piense en ondas, ¡son tan distintas!: las ondas electromagnéticas no necesitan ni siquiera del éter como medio de transferencia. Las electromagnéticas no necesitan de ningún medio, se pueden propagar a través del espacio vacío, me repetía. Y deseé, soñé serlo, para, propagándome a través del vacío, acercarme a ti, tan lejano en el tiempo y el espacio. ¡Si fuera una onda electromagnética, si fuera un electrón, nadie, nadie lograría separarnos! ¡Nadie!

IV.- «La realidad es creada por el acto de observar »

Y (a ti no te hubieran engañado, lo sé), era verdad. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que ocurriese una u otra cosa, y aún sabiéndolo, traer impregnada en mi piel de onda aquel otro cincuenta por ciento, me hace sonreír. Hasta un niño pequeño podría haber dicho, incluso sin abrir la caja, que dentro de ella se había producido una y sólo una de ambas probabilidades. Dentro sólo podría haber un gato muerto o un gato vivo, jamás las dos cosas al tiempo. Pero ni tú ni Roger ni yo, ni nadie, deberíamos olvidar las palabras de otro físico: «Un fenómeno no es un verdadero fenómeno hasta que no es un fenómeno observado».

Ha sido un viaje un poco extraño, amor, pero cómodo; no tuve que esforzarme (menos mal, últimamente, aunque no he dicho nada, me siento un poco débil). Me costó más trabajo convencerle de que me permitiera vivir mi propio experimento. Se empeñaba en hablarme de ti, de nosotros, y sus palabras, atándome firmemente -como la cuerda- me retenían, en tanto que el dolor y las náuseas me curvaban. Trato de imaginar su pena, pero no puedo: en el vacío sólo viajan las Ondas. Sólo. Hoy, Roger se quedará con las ganas de contarme chistes a la salida de la sesión de radio-terapia.

-Sí -escribí hace días en mi diario-. Otra vez; es necesario. Otra vez la angustia, el miedo,

pero no me rindo; y si yo no me rindo, los médicos tampoco. Dicen que ésta es la definitiva; yo los creo porque sé que tienen razón y porque he dejado de sentirlos. ¿Cuándo? Da lo mismo, ahora no necesito paradojas, sólo necesito certidumbre: saber qué sentirás tú cuando llegue a tu lado. Por eso, no lo retrases más. Da la luz y siéntate al piano. Hace tantos meses que no compones, que no interpretas. Y ya es tiempo. Únicamente tú puedes poner fin a este sueño. Y así, en tu alma, como yo deseo, como necesito, podré ser la música; la que tú imaginas, la que tú sientes. Podré ser el medio. Podré ser la onda.

V.- «Tal como ocurre cuando vibra la cuerda de un violín o una guitarra, la onda tiene que entrar en el espacio en el cual está vibrando, la onda abarca toda la cuerda.»

Por fin hay luz, y creo que sonrío. Por fin caes en la cuenta; lo sabes, no estás solo - «nada muere amor, sólo se transforma»-. Sé que has advertido mi presencia; me estremece oír tus pensamientos, tus: «esto es absurdo; es absurdo.»

Abarco toda la cuerda, y después -sinuosa- me enrosco y te hablo al oído:

-¿Recuerdas?, lo que a Schrodinger le resultaba absurdo era la proposición de Bohr diciendo que la función de onda no colapsa en un estado determinado hasta tanto un observador inteligente hiciera una medición u observara lo que pasa. «Por eso ideó aquella historia preguntándose si el gato es o no es un

observador inteligente, porque entonces es necesario mantener la afirmación que el gato es mitad muerto y mitad vivo hasta que alguien abra la cámara», cosa que no puede sonar más descabellada. Y esto es aún más descabellado, cuando se agrega a un observador que a su vez está solo o no es observado; entonces, éste, mirando el experimento del gato, ¿provocará el colapso de la función de onda o debe aparecer otro observador?

¿Dónde termina todo? ¿Dónde empieza lo «otro»? ¿Dónde ponemos el límite entre estados superpuestos y realidad concreta?, me pregunto, mientras tus dedos arrancan ondas a las teclas del piano.

¿Sabes, amor mío?, yo seré tu música.

NaVyTaLeK

© *Albaroth., diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

La nieve cubre el prado y el jardín en esta mañana de navidad. Ya son las diez y Jesús se ha levantado un poco antes de lo habitual. Ha mirado por la ventana de su alcoba y ha sonreído a la nieve y al sol del invierno como sólo él sabe hacerlo. Luego ha ido a la cocina. Descalzo, para sentir el frío y despejarse. Allí ha pedido un café y se ha sentado junto al hogar, frente al fuego, mirando danzar las llamas.

- ¿Se ha levantado Padre? - pregunta.

- No ha dormido esta noche. Creo que está muy enojado.

- Siempre está enojado - sonríe Jesús.

La mujer no sonríe el viejo chiste malo y privado. Está junto al fregadero, lavando unos platos. Tiene las manos grandes y fuertes y la frente ajada de las mujeres madres.

- Feliz cumpleaños - dice, y apila la vajilla en el escurridor.

- Siempre es feliz mi cumpleaños - dice Jesús.

La mujer deja los platos y arrima una silla a la de su hijo.

- Come algo, estás muy delgado. ¿Quieres unas magdalenas?

- No. Ya tengo una. Y mamá... yo SIEMPRE he estado delgado.

- Cálzate y vístete o cogerás frío. Y lávate los pies antes. A tu padre no le gusta que vayas descalzo por ahí, siempre con los pies sucios.

- A mi padre no le gusta nada.

Jesús sorbe el café y María se sienta al fin junto a él en esta mañana de diciembre. Ha sacado una labor de una cesta y cose aplicada en la tela. Un roto de un delantal.

- Creo que no existimos - dice Jesús.

- No digas tonterías. Tu estás aquí, yo estoy aquí y tu padre está en el desván, vigilando el campo.

- Como siempre, ¿No es cierto?

- Sí, como siempre por la mañana.

Jesús deja la taza en el suelo y acerca sus manos al fuego. Muy cerca. Luego acerca sus pies desnudos. No siente el calor.

- Cuando me desperté, tuve esa sensación-dice.

- ¿Cual?

- Que no existimos. Que tal vez sólo seamos pinturas en un cuadro, estatuas en un museo, dibujos de un niño en una hoja de papel, figu-

rillas de plástico en un bazar barato. La gente pasa y nos mira y cree y pide, pero sólo somos otro producto del miedo. Un producto necesario.

María guarda el delantal y se levanta.

- Este producto del miedo tiene que dar de comer a las gallinas y recoger los huevos para el desayuno de tu padre. Ahí te quedas. Y feliz navidad.

- El desayuno de los campeones - dice Jesús.

"Dedicado a Kurt Vonnegut"

NOCHEVIEJA EN COTOS

© *Lopedesosa, diciembre 2006*
es.humanidades.literatura

José Luis, ya sabes, el que tenía aquella novia tan mona y que era paisano tuyo, de Jaén. Lo encontré antes de Navidad y me hizo recordar un viaje, bueno una excursioncita al puerto de Cotos en Nochevieja de hace muchos, muchos años. El estaba en la cola del despacho de Renfe de Alcalá con Marqués de Cubas y yo iba sacar billete para Cercedilla-Navacerrada, con el amargor del fallo de ese íntimo que a ultima hora te hace la cusqui. Charlamos, le convencí que era mucho mejor subir a la sierra que soportar a sus viejas tías, con el protocolo familiar y el encorsetamiento de un aburrida capital provinciana. Tú, ¿recuerdas los ensayos para el rigodón en casa de la marquesa y su sobrino Periquín?. Pues eso, que le convencí y cambió de ruta. Yo tenía acompañante, y soñaba con la ultima noche del año esquiando con antorchas desde casi la laguna de Peñalara hasta el chalet del Alpino. Y cena sin protocolos, chavalas aburridas que acompañaban a sus padres y lo que cayera. Pero eso va aparte, mi don Lope. En el viaje Jose Luis me contó sus amoríos a distancia, la postura crítica de la familia de la moza, sus fracasos para ingresar en la Escuela de

Minas... bueno la historia que tú debes conocer casi directamente pues te tocó de refilón o al menos eso oí cotillear en el Varela al jaenero presumido de una fábrica de harinas.

Te resumo, que llegamos al Puerto la tarde vencida, que nos calzamos los esquíes de travesía y hala, por la carretera hasta Cotos, sin más luz que una luna casi celada pero sin frío. Llegamos al chalet del Alpino y suerte la nuestra, éramos los únicos jóvenes machos. Los que habían llegado antes, familias y lo esperado y soñado: cinco o seis chavalas con ganas de juega y ya tenían pretexto para esquiar de noche fuera de de la vista de sus familiares. La cena francamente buena, los polvorones-- sin conexión con lo que de verdad hubiéramos deseado-- y un único pero que ahora, al cabo de los años todavía, lamento: El champán, que entonces no se conocía la denominación de cava, malo tirando a peor. No era Sidra el Gaitero, pero como si lo fuera. O así me lo pareció. Tras el baile al son de un tocadiscos o como decíamos entonces una radio con pick-up, los vanos intentos de emparejarnos a ver que podía pasar. Y palabrita del Niño Jesús, no pasó nada. Un achuchoncito por aquí, un roce de labios por allí, un vano intento de ... bueno ya te lo puedes figurar. Noche a medias, noche larga pese a ser fin de año, y el día primero de enero, sol radiante, nieve para dar y tomar, buena jornada, agujetas, y temor ante la vuelta hasta el Puerto para coger el tren de vuelta, que el día dos había clases y curro en ese enchufe que luego cambié por sueños inalcanza-

dos. Recuerda que José Luis rompió con su moza, encontró mejor acomodo sentimental y dejó la pandilla comprando uno de los primeros seillas gracias l enchufe con el luego fué su suegro.

UN CUENTO DE NAVIDAD

© Pacoꝝ, diciembre 2006
es.humanidades.literatura

Ese día, es decir aquella noche, paseaba yo por las inmediaciones de la Catedral de San Isidro tratando de ocultar mi soledad, no porque la soledad me moleste tras cuarenta años de vagar por el mundo sin compañía, sino buscando un lugar apartado. Es que, sin ser religioso, más aún tratando de seguir no siéndolo, quería estar abierto a cualquier signo extraordinario que pudiera darse en la fecha del pretendido nacimiento de Jesucristo. Un capricho, digamos; una ocurrencia absurda, una prueba de que en algún momento la mente necesita salir del rigor lógico.

Así, tras dejar atrás el empedrado de la avenida del Libertador, girando alrededor del templo, me dirigí hacia el balcón a cuya vera se abre la sinuosa escalera que desciende hacia la ribera. Cuando bordeaba la casa que fuera de Mariquita Sánchez de Thompson distinguí la espalda de un hombre, disimulada por la escasa luz. Por un momento pensé volver sobre mis pasos pensando que una presencia humana alteraría mi voluntad de diluirme en la naturaleza esperando acontecimientos fuera de lo común.

El último trecho lo caminé haciendo resonar mis pasos para advertir de mi presencia a aquel que se estaba quieto bajo un manto de sombras. Cuando el hombre giró su cabeza lo reconocí. Era uno de los sacerdotes de la Sede catedralicia, hijo de un matrimonio que me es vecino, a quien conozco desde su nacimiento. Niño travieso y molesto como pocos, por obra de no sé que capricho, a la edad de veintidós años tomó los hábitos, dejando detrás un breve pero intenso pasado colmado de rumores pueblerinos.

-Qué hacés por aquí, Esteban; no quiero pensar que en espera de alguna damisela en trance de confesar sus pecados...o de acrecentarlos- le dije, aprovechado nuestra mutua confianza.

Al reconocermelo, Esteban sonrió; -No espero a ninguna damisela sino algún signo que fortalezca mi fe- respondió.

-Por parecidas razones estoy yo aquí; tú esperas algo que refuerce la fe, yo algo que confirme mi descreimiento.

En ese momento Esteban, o el padre Esteban, si lo prefieren, se levantó me sonrió y encaminó sus pasos hacia la Catedral.

Pasaron semanas hasta que ayer una amiga, a la que encuentro todos los años en la provincia de Córdoba, donde suelo pasar los vera-

nos, me contó que habiendo venido a Buenos Aires para el bautismo de un nieto, conoció a un joven sacerdote quien, algo inopinadamente le narró que dudando de su fe reclamó algún signo que fortaleciera sus convicciones. Concretamente, que en esa Nochebuena alguna persona le dijera estar esperando convalidar su descreimiento. Su pedido había sido satisfecho, concluyó el sacerdote.

Mi amiga no recordaba el nombre del sacerdote, ni la sede de su Iglesia. Meditando sobre el caso y dando por cierto que se trataba de mi amigo, el padre Esteban, advertí lo insólito que resulta que mi descreída presencia sirviera para fortalecer su fe.

Lo que demostraría, o la conveniencia de la ausencia de fe para la existencia del Cristianismo, o los abstrusos medios de que se vale el Señor para encarrilar su majada.

ÍNDICE

Buscando a Jack	4
El chivo	7
El regalo	14
Grisés en las esquinas	36
Monólogo navideño	42
Nacer	46
¿Navidad?	49
Navidades blancas - Adolf versus Oscar	54
navytale de emergencia	77
Navytale y tal y tal	79
NavytaleCuántico - Pobre gato	83
NaVyTaLeK	94
Nochevieja en Cotos	98
Un cuento de Navidad	102

